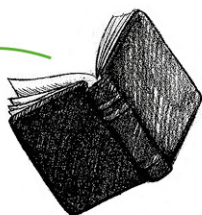


UW

UNIVERSIDAD DE  
VALPARAÍSO

MANIFIESTOS



Geneviève Patte

# Biblioteca y vida

*Elogio del encuentro*

La Editorial UV de la Universidad de Valparaíso ha decidido liberar este texto para descarga gratuita con el fin de facilitar el acceso al mismo y seguir difundiéndolo.



## **Geneviève Patte (Poitiers, Francia, 1936).**

Licenciada en alemán y diploma superior en París de Bibliotecaria, con pasantías en Múnich y la Biblioteca Pública de Nueva York, conocida como «La mujer del canasto», por su gesto radical de ir a buscar a los lectores a la calle, con un canasto repleto de libros, en una periferia en París. Es una militante y misionera del libro y de los encuentros. En 1965, crea y dirige «La pequeña biblioteca redonda» en el barrio vulnerable de Clamart. Biblioteca infantil que ha sido un verdadero acontecimiento en el mundo de la cultura y en la percepción de la infancia, con gran influencia en Asia, África francófona, Magreb y en América Latina.

Formó el Centro Nacional del Libro para la Infancia y lanzó una de las revistas pioneras del tema, la *Revista de Libros infantiles*. Ambos proyectos están ahora incluidos en la Biblioteca Nacional de Francia, como el primer departamento dedicado a la literatura infantil.

Fue miembro del comité ejecutivo del «International Board on Books for Young People» (IBBY), y entre 1972 y 1974 fue su primera vicepresidenta. Hoy es presidente de honor de la Fundación «Pequeña Biblioteca Redonda» y está involucrada en proyectos de fomento de la lectura en diferentes países del mundo.

Recibió la condecoración Orden Nacional del Mérito y en Francia fue nombrada Caballero de las Artes y las Letras. Entre sus libros destacan *¿Qué los hace leer así? Los niños, la lectura y las bibliotecas* y *Déjenlos leer. Los niños y las bibliotecas*.

Geneviève Patte

Biblioteca y vida  
Elogio del encuentro

© Geneviève Patte

*Biblioteca y vida. Elogio del encuentro*

Traducción: Mauricio Electorat M.



Proyecto UVA2393  
«La UV contribuye a la disminución  
de las brechas de acceso al arte,  
la cultura y el patrimonio»

© Editorial UV de la Universidad de Valparaíso

Vicerrectoría de Vinculación con el Medio

Av. Errázuriz N°1108, Valparaíso

Colección Manifiestos

Primera edición, octubre 2015

Versión digital, abril 2024

ISBN: 978-956-214-147-5

Registro de Propiedad Intelectual N° 258.479

Directora editorial: Jovana Skarmeta B.

Editora general: Arantxa Martínez A.

Coordinación fomento lector: Constanza Castillo M.

Diseño de portada: Felipe Cabrera A.

Ilustraciones de portada: Cristián Olivos B.

Diagramación y diseño: Gonzalo Catalán V.

Corrección de estilo y de pruebas: Rubén Dalmazzo P.

Administración y ventas: Francisca Oyarce V.

Contacto: [editorial@uv.cl](mailto:editorial@uv.cl)

[www.editorial.uv.cl](http://www.editorial.uv.cl)

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida,  
mediante cualquier sistema, sin la expresa autorización de la editorial.

Sugerencia para citar este libro electrónico:

Patte, Geneviève. *Biblioteca y vida. Elogio del encuentro*. Editorial UV,  
edición impresa 2015, edición digital 2024.



---

UNIVERSIDAD DE  
VALPARAÍSO

---

MANIFIESTOS

Geneviève Patte

# Biblioteca y vida

*Elogio del encuentro*





## Doble bienvenida

Geneviève Patte es una apasionada propiciadora de los encuentros. Y dentro de las múltiples formas en que se da el encuentro entre seres humanos, el de la conversación en torno a un cuento o un libro es de los más significativos, al punto que puede marcar y cambiar una vida. Si la conversación es una de las formas de la hospitalidad —como tan bien lo precisó Humberto Gianini, filósofo chileno oriundo de este puerto de Valparaíso— Patte ha convertido la biblioteca en un espacio hospitalario, un segundo hogar para miles de niños y jóvenes de las periferias de París y del mundo. Patte se preguntó, en la década del sesenta, por qué las bibliotecas estaban vacías, y en vez de culpar a las personas que no venían, tuvo el coraje de ver las falencias de las mismas bibliotecas y del trabajo de los mediadores de la lectura, el medio del cual ella era parte. Patte habla —provocadoramente— de «bibliotecas minusválidas», aferradas a un «pensamiento congelado» y propone salir al encuentro de los posibles lectores que están esperando allá afuera. Premunida de un simple canasto repleto de los mejores libros —los más bellos, significativos y mejor editados— salió a la calle, se instaló en una plaza de un lugar de tránsito de una periferia deteriorada y abandonada —como tantos barrios marginales del mundo— y allí reavivó el fuego de la palabra viva, como los primeros narradores orales en el seno de su tribu. Fue el comienzo de una verdadera revolución que cambió la manera de entender la biblioteca y la tarea de los mediadores de la lectura. Cuando leímos por primera vez a Geneviève Patte, recordamos las reflexiones pioneras de nuestra Gabriela Mistral, ardiente defensora de la oralidad en el mundo de la educación y

animadora de la «hora del cuento». Fue nuestro primer encuentro con el pensamiento de esta francesa misionera y militante de la «pasión de leer»—término acuñado por nuestra poeta del valle del Elqui. Inspirados en la «mujer del canasto», salimos con Víctor Berríos—un joven licenciado en literatura convertido a la vocación por la mediación de la lectura— a compartir con profesores, bibliotecarios y alumnos de colegios de la Región de Valparaíso su experiencia, que ha producido transformaciones en las personas e instituciones educativas de distintas latitudes. Luego soñamos con invitarla a Chile, sueño que se hizo realidad, y que permitió que miles de profesores, niños, jóvenes, bibliotecarios y lectores conocieran a una de las fuentes inspiradoras de la promoción de la lectura en el mundo. Este libro, que reúne dos conferencias y en las que encontramos las ideas fundamentales de Patte, nos fue ofrecido por la misma autora para su traducción y edición, en un gesto que revela su generosidad y compromiso con los «otros», con los que dialoga en todos los países que visita. Le damos la bienvenida a la mujer del canasto a este Valparaíso que propicia, por su particular fisionomía, los encuentros. Esperamos que este libro comience a navegar no sólo por la Región de Valparaíso, sino por todo Chile, para encontrarse con todos sus lectores potenciales, lectores en los que Patte ha depositado siempre su confianza y esperanza, a pesar de los análisis desesperanzados de muchos que anuncian la muerte del libro y del lector. Con Patte —bibliotecaria y narradora, testigo— recuperamos la fe en los libros y en los lectores y de esa fe irradia una alegría contagiosa, la alegría de la palabra viva (otra vez la Mistral) y de los encuentros en torno al fuego común de esa palabra.

Cristián Warnken

Director proyecto «Pasión de leer»

Universidad de Valparaíso

Valparaíso, Primavera del 2015

# Bibliotecas que cuentan<sup>1</sup>

---

1. El título original en francés es *Dits et récits à la bibliothèque*. (N. del E.).



*Sólo cuentan las palabras.  
El resto no es más que cháchara.*

Eugène Ionesco

«La biblioteca pública percibió de inmediato que una de sus funciones era ofrecer a los niños la riqueza de la tradición oral», recuerda la estadounidense Anne Pellowski, bibliotecaria, narradora y autora reconocida internacionalmente por sus importantes obras sobre la historia del cuento y del relato oral de historias alrededor del mundo.

Cómo no admirar la precisa intuición de esos primeros bibliotecarios anglosajones en el siglo XIX, una intuición hoy reconocida, vivamente sostenida y alentada por lingüistas, sicólogos, pediatras y otros especialistas de la infancia: proponer en los espacios de lectura de lo escrito un tiempo para relatar historias.

¿Por qué estos primeros bibliotecarios se interesaron tanto en el encuentro de lo escrito y lo oral, de la historia relatada y el libro? ¿Por qué consideraron de inmediato que relatar ocupaba un lugar central en su oficio? ¿Por qué y cómo fue adoptada esta práctica por generaciones de bibliotecarios en los países anglosajones y en otros lugares del mundo?

Hoy, cuando la oleada del cuento invade los lugares más disímiles, ¿el relato oral de historias tiene aún sentido en nuestras bibliotecas? ¿Qué significado tiene en los países con una fuerte tradición oral? ¿Qué importancia debe otorgarse a esta palabra de persona a persona en la era de Internet?

Para comprender su importancia en las bibliotecas, hemos optado por remontarnos a las fuentes, por conocer mejor la historia desde sus albores, a través de las convicciones y acciones de algunas personalidades fuertes que la materializaron. Haremos enseguida un breve viaje alrededor del mundo para observar

cómo esta importante tradición circuló más allá de las fronteras estadounidenses, qué lugar se brinda actualmente al relato —y de modo más general a la oralidad— en las bibliotecas infantiles que no cesan de desarrollarse en los contextos culturales y económicos más diversos.

### **Cuentos y niños en países anglosajones**

La tradición del relato oral de historias nació en los países anglosajones y cobró una particular importancia en Estados Unidos ya hacia mediados del siglo XIX. En aquella época de fuerte industrialización, las bibliotecas públicas para niños —en la acepción moderna del término— no existían aún realmente. Se trataba más bien de iniciativas dispersas, con excepción de las Sunday Schools, que estaban organizadas en una red bien implantada en todo el país. A lo largo de todo el siglo XIX, estas se preocuparon de la suerte de los niños víctimas de una industrialización galopante. Es la gran época de la construcción de los ferrocarriles, de los importantes flujos migratorios que suscitan, del éxodo rural hacia las ciudades, cuyas poblaciones pobres se acrecientan con una velocidad vertiginosa. Chicago, que con cuatro mil habitantes tenía, en 1840, el tamaño de un pueblo, posee, en 1900, una población de 1.700.000 almas. A menudo los niños son arrancados del seno familiar, perdidos en estas ciudades demasiado grandes. Algunos se convierten en aprendices de un patrón, llevando una existencia de soledad y pobreza. Otros conocen a lo largo de toda la semana la dureza del trabajo en las fábricas.

Entre 1890 y 1910, Estados Unidos conoce una ola de inmigración diferente de las precedentes en su composición. Ya no se trata mayormente de anglosajones, alemanes y escandinavos que se establecen en las zonas rurales, sino de familias que provienen de Europa Central, Oriental y Meridional y que se instalan en las ciudades para trabajar en las fábricas. Las tradiciones culturales, religiosas y la diversidad de

las lenguas vuelven mucho más difícil la integración de estos recién llegados en una sociedad predominantemente anglosajona. Las dificultades de aprendizaje incitan a los inmigrantes a vivir entre ellos, siguiendo su lengua de origen. Los estadounidenses ya instalados desde mucho antes aceptan mal la presencia de estos advenedizos que hablan lenguas extrañas y no se comportan como ellos.

Las diferentes comunidades tienen tendencia a vivir replegadas en sí mismas. Las tensiones familiares son fuertes y dolorosas: los padres han dejado su país de origen y han sido, de algún modo, privados de su pasado. Los niños son su futuro. Sin embargo, estos adoptan rápidamente los usos y costumbres de su nuevo país y se transforman para ellos en extranjeros. Hijos y padres sufren la tensión que genera la diferencia entre el modo de vida de la familia patriarcal propia de su país de origen y la educación estadounidense, que brinda a los niños otro estatus, de inmediato más seductor para ellos. Viven así divididos entre dos culturas: son mal aceptados por sus nuevos compatriotas, que a menudo los tratan con desprecio, y son criticados en sus casas por ser demasiado estadounidenses.

### **Las Sunday Schools y los niños de la inmigración**

Las Sunday Schools se proponen tempranamente sacar a estos niños de su aislamiento y brindarles elementos de instrucción. Al no ser esta obligatoria, muy pocos niños obreros saben leer y escribir. Estas singulares escuelas son animadas por mujeres generosas preocupadas por la suerte de los niños; los reúnen para ello el domingo, su único día de asueto. En aquella época, estas escuelas de domingo aún no se encuentran vinculadas a ninguna confesión religiosa. En sus orígenes, su principio incluso habría sido criticado por las iglesias como una profanación del *Sabbat*. Para atraerlos y reunirlos, las mujeres proponen a los niños el préstamo de libros por una semana y les cuentan historias. Muy

a menudo estas provienen de la Biblia; la mayor parte deben ser edificantes y útiles para su instrucción, y son fuertemente moralizadoras. Muy pronto se plantea la cuestión de la formación en el arte de relatar. Anne Pellowski consigna, incluso, la publicación de manuales para estos narradores cristianos. En Nueva York, los *christian storytellers* se reúnen en una asociación, la «Sunday School Storytellers League».

Todo el país se cubre así con estas pequeñas unidades reunidas en una red de malla fina. Gracias a ellas, se reconoce en lo sucesivo la necesidad de los niños de libros e historias relatadas. Las bibliotecas públicas, que poco a poco las absorben, se abrirán para ellos en un vasto movimiento que tiene lugar ya desde fines del siglo XIX.

### **Las proposiciones de las bibliotecas públicas**

Como en el caso de las Sunday Schools, las primeras bibliotecas públicas de las grandes ciudades manifiestan una fuerte preocupación humanitaria por estos niños y sus familias que, víctimas de los males suscitados por la industrialización, conocen una miseria tan grande, una miseria que puede favorecer la delincuencia. A la violencia del desarraigo de estas familias trasplantadas y desmembradas, a la soledad que trae consigo, las primeras bibliotecas públicas para niños reaccionan con ofertas de orden cultural, creadoras de vínculos.

La biblioteca, por su propio principio, representa una esperanza de integración para estas familias. Por supuesto, la lectura contribuye a un mejor manejo de la lengua. Pero hay más: el lugar brindado a la tradición oral enriquece la acogida que experimentarán. Como yo misma pude constatarlo en Nueva York cuando trabajé allí en los años sesenta del siglo pasado, la biblioteca pública es particularmente apreciada por los recién llegados. En el momento de su llegada a suelo estadounidense, esta es para ellos y sus familias —según ellos mismos confiesan— como un segundo hogar. La diversidad



de las obras y la importancia brindada al cuento relatado, a la oralidad, explican este apego. Aprecian la discreción de la acogida, que no impone nada, al tiempo que tiene en cuenta sus expectativas.

En cuanto a los bibliotecarios, estos se dieron cuenta de inmediato que la biblioteca, por su propia organización, constituye un lugar excepcional de encuentros donde cada uno puede sentirse reconocido en lo que posee de singular. Favoreciendo un reconocimiento positivo de las culturas y tradiciones venidas de otros lugares, provocan, en algunos, el deseo de pertenecer al país que descubren; y en los otros, la preocupación por construir la «gran nación estadounidense», que no puede sino enriquecerse a partir de las diferencias que la componen.

Además, la biblioteca pública es una de las pocas instituciones que apela a todas las edades. Esto favorece la transmisión entre generaciones. Sin duda, esta es la razón por la cual la tradición oral, con su fluidez, encontró en las bibliotecas para niños de ese país un lugar excepcional.

## **El cuento, la biblioteca y la escuela**

La creación de las primeras bibliotecas para niños se beneficia también con un contexto educacional favorable. Los jardines infantiles aparecen ya en 1855. Creados primero por particulares, son adoptados por la enseñanza pública en 1873, y a partir de 1900 se los encuentra en todas las grandes ciudades. Se trata de proponer un antídoto a los daños provocados por la inmigración y el crecimiento excesivamente rápido de las ciudades. Sus promotores buscan ayudar así a los niños de las barriadas pobres obligados a vivir en la calle. Estos jardines infantiles acogen a los más pequeños y ponen énfasis en la expresión y las actividades creativas. Desde un primer momento, insisten en la importancia de la belleza y el arte en su entorno inmediato. De este modo, la literatura infantil encuentra su lugar ya desde el jardín infantil y en la escuela primaria.

No obstante, pese al espacio brindado muy tempranamente al estudio de los libros para niños en la formación de los profesores, y pese al impacto de grandes pedagogos estadounidenses como William James o John Dewey, el cuento nunca tendrá en la escuela la misma importancia que en las bibliotecas.

En estas, por cierto, las condiciones de transmisión son favorables a la escucha. En la escuela, en cambio, resulta más difícil escapar a la tentación de explotar pedagógicamente el cuento, con todo lo que ello implica demasiado a menudo en términos de explicaciones de textos y lecciones de vocabulario. En la biblioteca, los niños pueden escuchar libremente las historias, por placer, sin temor a sufrir un control de conocimientos o tener que memorizar la historia. En las escuelas públicas, la labor de los docentes resulta particularmente difícil: deben enfrentar clases sobrecargadas e instruir a niños en su mayoría de origen extranjero, provenientes de horizontes lingüísticos y culturales muy diversos. ¿Cómo podrían encontrar el tiempo necesario para la larga preparación de estos momentos brindados al cuento?

### **Las bibliotecas públicas, una tierra de acogida para el relato oral de historias**

Es en las bibliotecas, entonces, que nace y se desarrolla de un modo ejemplar lo que se denomina en todo el mundo «la hora del cuento» o «*story hour*», que sin duda sería más ajustado llamar «el tiempo de la historia».

Conocemos la importancia que las bibliotecas estadounidenses brindaron a esta práctica, transformada rápidamente en una tradición; cómo esta atravesó las fronteras del país; y cómo alrededor del mundo y muy rápidamente, comenzó a ser considerada como un elemento esencial de la vida de las bibliotecas.

El terreno es propicio: a fines del siglo XIX, en este período de fuertes trastornos demográficos, se asiste al desarrollo generalizado y rápido de las bibliotecas públicas. Gracias a la generosidad de Carnegie,

se construye mucho y en todas partes. En el seno de esta institución naciente, algunas personalidades fuera de lo común supieron reconocer de inmediato el rol esencial del relato oral en este espacio de lectura de lo escrito. Por su reflexión, sus escritos y conferencias, pero también por su sentido ejemplar de la organización y el lugar que otorgan a la formación, tuvieron una influencia decisiva. Fue en torno a ellas que se construyó la historia del cuento en las bibliotecas estadounidenses. Brindan de inmediato una imagen fuerte por su exigencia de calidad, tanto humana como literaria, tanto por el arte del relato oral de historias como por la elaboración de sus repertorios.

Las bibliotecas públicas constituyen con toda legitimidad el orgullo del pueblo estadounidense. Los turistas visitan la gran biblioteca pública de Boston, «la luz de todas las naciones», como su frontis lo proclama. Esta se preocupa inmediatamente de hacer un lugar para los hijos de la inmigración, como lo hace la biblioteca de Pittsburgh y muchas otras. Para que los numerosos niños que deambulan por las calles se atrevan a traspasar el umbral de estos monumentos tan impresionantes, hay que brindar calidez a estos lugares cuya austeridad evocaría, se nos ocurre, la de una catedral. Al director de la biblioteca de Boston se le ocurre entonces, para atraerlos, introducir el cuento, y para ello invita a narradoras de historias, en particular a Mary Shedlock, venida de Inglaterra, y a la estadounidense Sarah Cone Bryant. De hecho, ya desde el paso al siglo XX, los niños de la inmigración invaden, literalmente, las secciones infantiles.

La preocupación por acoger a los niños en dificultades es una de las grandes razones que explican que el cuento relatado oralmente haya encontrado inmediatamente su lugar en estas bibliotecas nuevas. Esta prioridad brindada a las víctimas de la inmigración habla de la preocupación por humanizar la sociedad industrial. Y determinará muchos modos de hacer en función del mayor beneficio de todos, cualquiera sea su origen social.

Hay que probar a personas y organismos tutelares la importancia de estos nuevos servicios para la infancia.

Cuando estos dudan de ello, las increíbles muchedumbres de pequeños que invaden las bibliotecas para escuchar historias y las impresionantes estadísticas de préstamos luego de cada Hora del Cuento revelan el atractivo irresistible que tales proposiciones ejercen en los niños.

Las bibliotecas infantiles conocen así, entre 1900 y 1914, un desarrollo muy rápido. Una sólida organización central se hace necesaria para enfrentar nuevas interrogantes como la elección de los libros, la formación de personal especializado y la Hora del Cuento. En 1898 se crea, en Pittsburgh, el primer servicio de coordinación de las secciones para niños, replicado muy pronto en Cleveland y Nueva York. Desde 1900, la profesión de bibliotecarios para niños se organiza sólidamente en una asociación inmediatamente integrada en la prestigiosa ALA (American Library Association). Es la «división de servicios para niños», tal como la conocemos en la actualidad.

En 1896, Anne Carroll Moore introduce la Hora del Cuento en la Pratt Institute Free Library de Brooklyn y, en 1900, Frances J. Olcott inaugura esta práctica en la Carnegie Library de Pittsburgh. Como lo subraya Anne Pellowski, sus iniciativas tuvieron un fuerte impacto en la medida en que en estas dos notables bibliotecas se formó un gran número de bibliotecarios. El conocimiento del cuento y el ejercicio del relato oral de historias ocupaban un lugar importante y eran considerados esenciales en el ejercicio de la profesión.

Con la perspectiva del tiempo, con la mirada que tenemos sobre nuestra realidad actual, no podemos sino maravillarnos ante la inteligencia de la reflexión que ilumina estas prácticas. Los primeros informes de bibliotecarios, sus artículos publicados en las revistas especializadas desde fines del siglo XIX y en el umbral del siglo XX evidencian que todo había sido, ya desde los primeros años, admirablemente pensado. Es interesante reflexionar, en el inicio de este siglo XXI, en los objetivos que subyacían en cada una de estas propuestas; respondían, en efecto, a necesidades sociales y culturales que quizás no están tan alejadas de las nuestras en la actualidad.

## Las intuiciones de las primeras bibliotecarias

¿Por qué contar cuentos, por qué relatar en las bibliotecas? Las respuestas brindadas por algunos narradores y bibliotecarios dan testimonio de una bella clarividencia. Personalidades fuertes como Anne Carroll Moore y Frances Clarke Sayers se cuentan entre las grandes figuras de la historia de las bibliotecas para niños en Estados Unidos. Su vasta cultura literaria, la notable amplitud de espíritu de estas pioneras, su deseo de hacer conocer lo mejor a los niños, brindan a su acción una calidad innegable. En el curso de la primera mitad del siglo XX, se sucedieron a la cabeza de los servicios para niños de la New York Public Library, donde jugaron un rol determinante para organizar de un modo durable la tradición de la Hora del Cuento.

Solicitadas por estas bibliotecarias notables, narradoras de gran talento como Mary Shedlock recorrieron Estados Unidos para relatar y formar a los bibliotecarios en el arte del cuento. Todo esto forma parte del fervor de los inicios de las bibliotecas infantiles. La profesión recibe de este buena parte de su dinamismo; por el lugar brindado a la palabra viva, la vida de la biblioteca se ve considerablemente enriquecida. El bibliotecario desempeña entonces plenamente su rol de *passeeur*<sup>2</sup>, ya sea en la acogida de las personas, en la calidad de las obras propuestas y la puesta en valor de las culturas, en su diversidad y resonancias universales.

## Contar es forjar vínculos

El cuento es, por definición, un arte popular que se transmite de generación en generación. Cálido en la voz, alumbrado por la sensibilidad del narrador, se dirige a todos; puede hacer resonar en cada uno un eco y suscitar la participación espontánea de aquellos que lo escuchan. Crea un vínculo personal entre el narrador

---

2. «Pasador», el que hace pasar de un lugar a otro, «mediador». (N. del E.).

y su auditorio. Ruth Sawyer, la gran escritora y *storyteller*<sup>3</sup>, que de niña había recibido tanto de su nana irlandesa, cuenta cómo animaba a los niños recién llegados a Estados Unidos a contar historias en sus hogares. Enriquecía así, decía, su repertorio. La responsabilidad de transmisión confiada al niño no podía sino ayudarlo a apreciar ciertos elementos demasiado a menudo despreciados de su cultura familiar y hacer conocer dicha cultura con orgullo entre sus pares. ¡Es una idea magnífica del narrador de historias y el bibliotecario la de compartir con el niño el rol de *passant* y transmisor! Así, un niño de origen ruso pedía regularmente a su padre que le contara un cuento que transmitía de inmediato todos los sábados en la biblioteca de su club; los jóvenes auditores lo transcribían fielmente para hacer toda una recopilación que luego ocupaba su lugar junto a los libros de cuentos.

Para A.C. Moore, la Hora del Cuento es el mayor evento sociocultural de la biblioteca. Acompaña la celebración de las fiestas tradicionales propias de las culturas populares o religiosas del barrio. Las fiestas estadounidenses de San Nicolás o *Thanksgiving* marcan la vida de la biblioteca, así como Hannukah o ciertas fiestas puertorriqueñas. La práctica del cuento, al crear una atmósfera festiva, es la ocasión de regocijarse juntos, permitiendo al mismo tiempo, a cada uno, vivir en lo más íntimo de sí mismo una emoción de orden espiritual, como aman recordarlo los grandes narradores de historias de la época. Se cumplen así los objetivos de la biblioteca: revelar y hacer manifiesta la doble naturaleza de la lectura, en su dimensión a la vez personal y relacional.

### **Contar es crear el deseo de leer**

Los bibliotecarios recurren esencialmente a fuentes escritas. Ellos han precisado —con mucha sabiduría—

---

3. «Cuentacuentos» (N. del E.).

que su tarea no es la de un folclorista. Contar en la biblioteca es facilitar el acceso a la lectura, brindar el gusto por el relato. Los cuentos populares tienen el primer lugar. Se aprecia su fuerza, su clara arquitectura, su sabiduría, la simple belleza de su lengua. Como guijarros lanzados al mar, pasados de narrador de cuentos a narrador de cuentos, conservaron lo esencial. Estos cuentos vienen del mundo entero, gracias a su transmisión; a veces también, son transmitidos de la propia boca de los padres que recuerdan historias de su infancia. A Ruth Sawyer le gusta recordar la fuerza de la herencia recibida de su nana irlandesa, una herencia esencial en el itinerario de su vida de narradora. Transmisión a través de lo escrito, tradición oral, se trata siempre de reconocer la belleza y dignidad de la cultura auténticamente popular.

Las Horas del Cuento brindan un lugar destacado a los cuentos típicamente estadounidenses. Los que cuentan los indios de América del Norte o los plantadores del sur, como los célebres cuentos de Brer Rabbit. Es importante también hacer apreciar las riquezas del patrimonio universal. Así, se cuentan historias tradicionales, muy simples, como la de los tres osos o la pequeña gallina roja, ciertos cuentos de los hermanos Grimm, pero también las leyendas artúricas, la Canción de Rolando o las historias de Paul Bunyan. No se teme dar a conocer a los niños los grandes clásicos de la humanidad, los mitos, los relatos bíblicos, la *Iliada* y la *Odisea*, las bellas sagas nórdicas; se relatan muchos cuentos de caballería así como relatos extraídos de Shakespeare.

La elección de estos grandes textos, recuerda Anne Pellowski, está inspirada, en parte, por la preocupación de enriquecer la cultura de niños que tienen un débil bagaje escolar. En 1914, Boston posee un 70% de estadounidenses nacidos en el extranjero o pertenecientes a la primera generación. Pese a que el colegio se ha vuelto obligatorio, el 93% de los niños no superan la escuela primaria. La Hora del Cuento, de la que son auditores apasionados, busca paliar de algún modo esta falta de instrucción.

Se trata también de proponer a los niños figuras nobles, exaltantes, historias heroicas. Los jóvenes auditores responden con entusiasmo; como ese niño que a su vez, y con fervor, retransmite regularmente a sus camaradas las historias escuchadas en la biblioteca y que lo han impresionado tanto, como el relato de «Cormac que, dice con emoción, prefirió renunciar a un reino antes que faltar a la palabra dada». Todo esto responde con fuerza, en aquellos años, a la preocupación estadounidense de fundar la democracia en el progreso individual.

Gracias al talento generoso de los narradores de historias, los niños son invitados a dejarse llevar por estas vastas corrientes inmemoriales, estos ríos universales de una cultura común que reúne a través del tiempo y el espacio. Así, en Boston, una pequeña auditora confía al narrador de cuentos: «Cada vez que desciendo al metro, pienso en Proserpina que desciende donde el rey Plutón». O ese niño vendedor de diarios que detiene en la calle al mismo narrador de historias y le pregunta inquieto si «Leónidas y todos esos griegos tan valientes han muerto finalmente».

### **Contar es brindar el gusto por la calidad**

Las grandes figuras de las bibliotecas infantiles en Estados Unidos durante la primera mitad del siglo XX dan testimonio de una cultura literaria y artística notable, por su amplitud y su exigencia sin concesiones. Suscitar el gusto por una literatura de calidad es una de sus principales preocupaciones. Su influencia es grande debido a las posiciones que ocupan: organizan, enseñan, algunas son *storytellers*. A.C. Moore y Frances Clarke Sayers, estas dos eminentes bibliotecarias, dirigieron los servicios para niños de la prestigiosa biblioteca pública de Nueva York. Conocemos a ambas, a la vez por sus escritos y por la importante huella que dejaron desde las costas del Atlántico a las del Pacífico. Para ellas, la oralidad debe contribuir a brindar el gusto de lo que es bello. Los cuentos populares, en particular,



son antídotos eficaces contra lo relamido de la literatura edulcorada y sentimental que se reserva demasiado a menudo para los niños. Su estilo simple y fuerte, su bella construcción, deben ayudar a degustar y a hacer nacer una literatura desembarazada de florituras inútiles y comentarios moralizadores. La edición para niños en aquella época se desarrolla de manera notable. Emergen magníficas obras literarias rápidamente transformadas en clásicos, como las de Louisa May Alcott, Mary Mapes Dodge, Howard Pyle o Kate Douglas Wiggin, sin olvidar la obra del gran Mark Twain. Hay que darlos a conocer, animar a su lectura, presentándolos, leyéndolos en voz alta, contándolos.

Se opta también por contar obras desconocidas, olvidadas, así como libros cuyo acceso puede parecer difícil a los lectores titubeantes. Se cuentan así historias sacadas de libros clásicos como *El viento en los sauces* o *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*. Se trata también de mantener vivas obras que ya no están disponibles, «los grandes libros que perdimos», así como los bellos cuentos antiguos, olvidados por la edición. Frances Clarke Sayers y en la actualidad Anne Pellowski insisten en la necesaria labor de los bibliotecarios narradores de cuentos de investigar las fuentes de calidad, de acercarse lo más posible a los cuentos en su primera originalidad y desconfiar de ciertas formas de reescritura que complican y desdibujan su tema.

Con esta misma preocupación de evitar encerrar a los niños en lecturas infantilizantes, A.C. Moore insiste en la necesaria presencia de obras para adultos en las secciones infantiles: sería una pena limitarse a las obras escritas específicamente para niños. La lectura en voz alta debe animar a descubrir estas obras más difíciles de hallar en solitario.

La Hora del Cuento propone una experiencia común, un entusiasmo compartido que puede ser comunicativo. El lector en dificultad presiente por la escucha lo que puede esperar de la literatura. En Pittsburgh, los libros utilizados por los narradores de cuentos son reunidos y destacados en los estantes, para facilitar su acceso a ellos después de la escucha.

De un modo general, el narrador de cuentos en la biblioteca pone en evidencia el libro del cual extrae la historia.

Esta preocupación por la iniciación a una literatura de calidad gracias a la historia contada no se limita al público infantil. Si A.C. Moore incita a algunas grandes narradoras de historias a recorrer Estados Unidos en el momento en que se generaliza la creación de bibliotecas infantiles, es porque resulta urgente formar el gusto de los bibliotecarios, padres y profesores, de aquellos con los que los niños se relacionan. A petición de Anne Carroll Moore, Mary Shedlock deja su país, Inglaterra, y recorre Estados Unidos para contar y formar a los bibliotecarios. Ella contribuye a hacer conocidos y amados, entre otros, los cuentos de Andersen, su autor favorito.

Ruth Sawyer evoca, especialmente, el caso de las bibliotecas que no poseen un personal suficiente para ayudar individualmente a los niños a hacer su elección entre la masa de libros. La presentación colectiva de los mejores libros constituye una ayuda invaluable. El relato oral de grandes obras del pasado o de bellas novelas contemporáneas ante un auditorio de padres e hijos hace emerger de la montaña de libros lo que merece ser conocido. Se aprende así a juzgar sobre el valor de un texto: la belleza, la fuerza de los cuentos populares permite, en efecto, aprehender la calidad de un relato literario, sea este antiguo o contemporáneo.

Ser testigo de la felicidad de los niños debe convencer a los educadores de que obras bellas y con carácter les resultan plenamente accesibles; más aún, que los tocan profundamente y los ayudan a crecer. La belleza de las historias, porque conmueve también personalmente a esos adultos, no puede sino volverlos más curiosos, más atentos en la búsqueda de una verdadera calidad susceptible de ser apreciada por los niños y por ellos mismos. Poder compartir las emociones literarias y artísticas ayuda a vivir mejor juntos. Incluso cuando la historia es olvidada, el placer de la escucha ha provocado una emoción que perdura.

Los bibliotecarios constatan también —y no es algo menor— que los niños, auditores fieles, manifiestan un creciente interés por lecturas muy variadas que no se limitan a la ficción. Se asiste a un proceso que va a la vez desde el despertar de la sensibilidad y el consuelo de sentirse apto para interesarse, hasta emocionarse. Se observa así en estos jóvenes auditores una mejor utilización de las obras documentales. Mary Shedlock cita a este respecto a Charles Hermite, gran matemático francés, dirigiéndose a los miembros de la Academia de Ciencias: «Cultiven la imaginación, señores, todo está allí. Si queréis matemáticos, dad a leer cuentos de hadas a vuestros hijos».

### **La organización de la Hora del Cuento**

La temporada comienza en noviembre y termina en abril. El éxito de la Hora del Cuento es tal que requiere una sólida organización. Hay que tener en cuenta las edades: en general, se prevén dos sesiones, una para los pequeños y otra para los mayores. En Cleveland en 1908, ya se observa la organización periódica de tres Horas del Cuento los fines de semana. Para los más pequeños está la «*nursery tale story hour*»; para aquellos un poco más crecidos, la tradicional Hora del Cuento, y para los de más edad se relatan grandes epopeyas, sagas nórdicas y toda suerte de relatos míticos.

En principio, los grupos no deben sobrepasar los cincuenta niños. Pero en algunos lugares, ciertos narradores de cuentos no temen contar ante auditorios de varios cientos de niños. Sin duda hacen falta condiciones excepcionales, como la apertura de una nueva biblioteca pública. Por lo general, se requiere una inscripción previa. El niño recibe un *ticket*. Este gesto tiene gran importancia. Brinda seriedad al encuentro programado. La espera organizada de un momento tal prepara la felicidad de venir a escuchar un cuento.

## El ritual

En Estados Unidos, el ritual que rodea a la Hora del Cuento nos pareció particularmente importante. Así en Nueva York, como lo constaté yo misma en los años sesenta, una vela está encendida durante el tiempo de la historia. Al final, un niño viene a soplarla y cada uno es llamado a formular interiormente un deseo. Sin duda, en estas grandes ciudades en las que la inmigración es particularmente heterogénea, el ritual tiene el poder de reunir a los niños en una suerte de solemnidad; a no dudarlo, se busca con esto rodear a la Hora del Cuento de todo un ceremonial, de conferirle algo de la magia conmovedora de una tradición venida de tiempos antiguos. Es verdad que el ritual, bajo formas variadas, siempre ha acompañado al relato de historias, aunque no se trate más que del «había una vez» o de las pequeñas fórmulas que finalizan los cuentos. Ayudan al auditorio a prepararse para recibir lo que es a la vez excepcional e íntimo. Asimismo, el silencio tras el fin de la historia ayuda a impregnarse de esta. El narrador de cuentos se prohíbe hacer preguntas a los niños. Tampoco se trata de interrumpir el cuento para mostrar las ilustraciones. Mary Shedlock advierte contra la tentación de querer sistemáticamente hacer dibujar a los niños tras el cuento. Cita la historia de un niño que, luego de haber estado bajo el encanto de una historia, quiso dibujar al caballero que tanto lo había hecho soñar; ante el mediocre resultado, había confesado tristemente su decepción: «¡En mí era tan bello!»

Los narradores de historias en la biblioteca se complacen a menudo en dar un giro muy personal al cuento; adhieren con ello a la tradición de los narradores populares. A modo de introducción, evocan un encuentro, un sueño: «Lo vi, me encontré con él». Juegan felizmente con la ambigüedad. «¿Es verdad? ¿Estabas tú allí?», preguntan los niños bajo el encanto de un cuento perfectamente maravilloso.

France Clarke Sayers otorga importancia a este tono de confidencia. Se crea así en la biblioteca una

atmósfera particular y se establecen vínculos de confianza entre niños y adultos que habitan permanentemente este lugar. He aquí por qué es importante que el bibliotecario cuente de vez en cuando en su propia «casa»; a esto se suma con toda naturalidad la felicidad de recibir, en ciertas circunstancias, al narrador de paso, al narrador invitado. Cada uno posee su estilo de repertorio. Cada uno cuenta a su manera, según su personalidad. Algunos escogen una simplicidad muy natural; otros se expresan con mayor reserva. Nunca se trata de adoptar un tono enfático o teatral; la biblioteca es una casa.

### **Un lugar aparte**

El relato oral de historias imprime un sello a todo lo que se vive en la biblioteca. Pero desde el origen de las secciones para niños, se desea dedicarles una sala especial: los primeros informes de comienzos del siglo XX en Estados Unidos dan cuenta de ello. En 1905, en el primer artículo importante sobre la Hora del Cuento publicado en el *Library Journal*, A.C. Moore deplora la ausencia de un lugar para contar. Hay que encontrar soluciones de parche, como cerrar la biblioteca más temprano para poder acoger a los niños en buenas condiciones de escucha. Recuerdo, en los años sesenta, las Horas del Cuento que se desarrollaban en la imponente biblioteca de la calle 42, con aires de biblioteca nacional. Antaño, cuando trabajaba en ella, acogía la «Central Children's Room». Allí no había sala del cuento. Pero la «bibliotecaria narradora» que guiaba a los niños a través de los impresionantes pasillos de ese gran y austero edificio, sabía inspirarles un sentimiento de misterio que los preparaba para la escucha.

De hecho, la riqueza de la historia contada es poder transportarse a todas partes. A comienzos del siglo XX, en Boston, uno de esos narradores apasionados, el señor Cronan, contador de profesión, escogía contar en los días de buen tiempo en el techo-terrazza de la biblioteca porque, decía, «¡qué hay más bello

para estos jóvenes, cuya vida es tan seria y concreta, que escuchar a un hombre contar historias bajo un cielo de verano sembrado de estrellas!»

A menudo, la sala del cuento posee una chimenea, sin duda para evocar las veladas de otros tiempos. Cerámicas decoradas con motivos literarios ornan sus campanas; pueden provenir de la *Odisea* o de relatos épicos. En Cleveland, a comienzos del siglo XX, son las *Fábulas* de La Fontaine ilustradas por Maurice Boutet de Monvel las que adornan la chimenea.

Los bibliotecarios visitan las escuelas de su barrio para dar a conocer los recursos de las secciones infantiles; presentan de manera viva los libros de calidad que pueden encontrarse en la biblioteca, y para incitar a los niños a tomar parte en las Horas del Cuento siempre cuentan historias.

De hecho, los bibliotecarios cuentan en todas partes. Piensan que es la mejor forma para la biblioteca de alcanzar a los niños y establecer igualmente lazos positivos con una gran variedad de instituciones y sus responsables. Se cuenta en las plazas de juegos, en las casas del barrio, en orfanatos, hospitales y museos.

Siempre en Boston a comienzos del siglo XX, los museos se llenaban los domingos en la tarde de niños provenientes de la calle y las barriadas pobres. Las obras en exposición adquirían entonces nueva vida en las historias contadas y animaban a los pequeños a ir más allá en sus descubrimientos. Los informes de la biblioteca relatan la satisfacción de los guías del Museo de Bellas Artes, ante la curiosidad de los niños así estimulada. El considerable repertorio del narrador siempre le permitía proponer un cuento en relación con los objetos expuestos. Así, ante una magnífica estufa de porcelana alemana, los niños sentados en el suelo escuchaban con fervor «La estufa de Nuremberg». Para acompañar a «El sastre de Gloucester», el conservador no dudaba en sacar a luz sus reservas: un chaleco finamente bordado.

Se cuenta también en aquellas bibliotecas denominadas *home libraries*. Estas florecen en una época en que las bibliotecas públicas son invadidas por tantos

niños que deben hacer prueba de imaginación y recurrir a soluciones inéditas, con la ayuda de asociaciones e instituciones locales. Estas pequeñas bibliotecas, que ya se encuentran en Boston hacia 1888, están destinadas prioritariamente a los niños muy pobres que no pueden ir a la escuela. El principio es instalar en sus casas, si lo consienten, una estantería fijada a un muro que recibe cada semana una quincena de libros. Uno de los niños de la familia oficia como bibliotecario. La «biblioteca a domicilio» acoge a una decena de niños del vecindario, hombres y mujeres, de siete a dieciséis años. La colección es renovada todas las semanas por el «visitador», que viene a dar consejos, presentar los libros que trae, discutir con ellos los libros que les han gustado y, naturalmente, contar historias. Estos visitantes benévolos son a menudo estudiantes. En Boston, donde estas pequeñas bibliotecas son numerosas a comienzos del siglo XX, son generalmente estudiantes de la Universidad de Harvard quienes toman esta responsabilidad y reciben por ello formación de la biblioteca en el arte de contar. Todo esto prepara a los niños para tener acceso a las bibliotecas cuya construcción está programada en el barrio.

### **Una formación exigente**

Para contar y escuchar se recibe formación, por cierto. Pero a cada uno corresponde constituir su propio repertorio. Como todos los narradores experimentados, Frances Clarke Sayers insiste en la calidad de los cuentos escogidos. «Para qué contar —dice— si la historia no vale la pena. ¿Elegiríamos un marco precioso para una tela mediocre?». Para aprender a escoger, los consejos son simples: hay que leer mucho y darse el placer de escuchar también mucho. Todo juicio se afina mediante la comparación. Sin negar el valor de los aprendizajes propios de todo narrador de historias, las escuelas de bibliotecarios proponen más.

Ya desde los inicios del siglo XX, se brinda una sólida formación a los bibliotecarios para niños. Las

redes de grandes ciudades cuentan con sus propias escuelas de bibliotecarios. En 1900, en Pittsburgh, los años de estudio de los bibliotecarios para niños se extienden a dos años. La mitad de los cursos se orienta, exclusivamente, al «*children's work*». A diferencia de las escuelas de bibliotecarios actuales en todo el mundo, esta ayuda al lector constituye un elemento esencial en la formación profesional, en igualdad de condiciones, diríamos, con la enseñanza biblioteconómica en sentido estricto. Comprende, naturalmente, la formación en el cuento y el arte de contar. Esta formación fue a menudo confiada a las más grandes narradoras, como Ruth Sawyer, Mary Shedlock o Gudrun Thorne-Thomsen; había con qué entusiasmar a los futuros bibliotecarios y enraizar esta tradición en las bibliotecas. Algunos llegarán incluso a escoger ser bibliotecarios para tener la satisfacción de contar.

Cada formador deja su propia marca. Y según Anne Pillowski, se reconoce por su repertorio y su estilo a aquellos que fueron formados en Pittsburgh, en el Pratt Institute o en la New York Public Library (NYPL). Algunos narran de preferencia relatos épicos o cuentos sacados de Shakespeare. Otros prefieren los cuentos de Andersen o los cuentos populares. Incide la personalidad de las narradoras encargadas de la formación, así como una cierta política de la biblioteca: ¿a qué repertorio otorgar preferencia?

Las bibliotecas de las grandes ciudades, como la NYPL, organizan para su personal recientemente reclutado una formación que completa la enseñanza recibida en las escuelas de bibliotecarios. Este «*in service training*» obligatorio se desarrolla en cierto número de sesiones; comprende una serie de conferencias que permiten aprehender la filosofía y los métodos propios de la institución en la que van a trabajar. Aquí también el cuento y el relato oral tienen un lugar destacado. Se espera que todos los bibliotecarios para niños, sin excepción, sean capaces de contar.

En el anexo de barrio al que son destinados, la formación prosigue. Así, la hora del cuento a veces es animada por un narrador experimentado y luego por



el bibliotecario recién llegado, un narrador aún novicio; el primero aconseja al segundo hasta que pueda volar con sus propias alas. Tengo el recuerdo también, en la New York Public Library, del festival anual de cuentos. Se asiste allí a un gran despliegue de cuentos relatados por los mejores narradores de la institución. Escuchar a los bibliotecarios relatar con gran talento constituye para los novatos, con seguridad, una emulación, una verdadera incitación a perfeccionarse y ampliar aún más su repertorio.

Gracias a una política generosa, las bibliotecas públicas estadounidenses han ejercido una influencia mayor sobre las bibliotecas de todo el mundo. El modelo norteamericano de la Hora del Cuento ha hecho mucha escuela: becados extranjeros vienen a formarse en las mejores bibliotecas, las de Nueva York, Baltimore, Cleveland y Toronto, en particular. Las prácticas son largas y profundizan en diversas materias. De regreso en su país, estos becarios convencidos sacan partido a su manera de esta bella enseñanza.

### **La Hora Alegre en París, heredera directa**

En los años veinte del siglo XX, la considerable ayuda estadounidense se manifiesta de un modo diferente. Permite la creación de varias bibliotecas públicas que serán modelos durante largo tiempo para las bibliotecas francesas. Un programa de enseñanza acompaña estas creaciones: se formará así toda una generación de bibliotecarios excepcionales en la «escuela estadounidense», una escuela profesional notable, conocida también como la Escuela de la Rue de l'Élysée. Esta escuela pasará a formar parte, con posterioridad, del Instituto Católico de París.

En los años que siguen a la Primera Guerra Mundial, el Comité estadounidense ayuda a las regiones devastadas y decide «presentar a los niños de Francia (...) un don que les ayudará a adaptarse a las nuevas condiciones de vida (...), una biblioteca gratuita para

la juventud con su sala de lectura de atmósfera familiar. Es la contribución estadounidense al progreso de la educación moderna». La Hora Alegre de París se beneficia igualmente de la ayuda del Book Committee on Children's Libraries.

Desde su apertura, en 1924, se impone como una biblioteca piloto, según la expresión actual. La influencia anglosajona es sensible. Sin embargo, los tres bibliotecarios marcan con sus fuertes personalidades y convicciones el rostro de esta biblioteca. Las grandes corrientes pedagógicas francesas les son familiares. Les inspiran felices iniciativas que maravillan a los visitantes, pero no tengo noticias de que hayan sido adoptadas al otro lado del Atlántico. En la Hora Alegre de París, como cuarenta años más tarde en Clamart, los niños participan activamente en la buena marcha de la biblioteca; tienen su propio diario: *El Ratón Alegre*. Incluso, excepcionalmente, llegan a contar.

En Francia, en los años veinte y treinta del siglo XX, las cuestiones de identidades culturales no se plantean con la misma intensidad que en Estados Unidos. Existe, sin embargo, en estos primeros bibliotecarios la misma convicción de que la biblioteca tiene deberes particulares en relación con públicos de origen muy modesto (y son numerosos entonces en ese barrio, no obstante próximo a la Sorbona); a ellos es importante proponerles obras de gran calidad que, sin duda, no tendrían la posibilidad de descubrir de otro modo. Se trata de ayudarles a acceder a una verdadera cultura, a hacerlos amar la belleza de la lengua, a manejarla mejor. Como en la NYPL, que conocí en los años sesenta, existe la misma importancia otorgada al verdadero arte. También es necesario que estos encuentros sean vividos con alegría y de manera personal. Asimismo, estas pioneras aportan el mayor cuidado a la elección de libros y se preocupan de crear las condiciones favorables para el descubrimiento de los textos más bellos, incluso si a veces son difíciles. La escucha, están convencidas de ello, suscita las ganas de leer facilitando la concentración, reconfortando a los lectores que dudan de sus capacidades para encontrar placer en la

lectura. El interés provocado por una historia, dicen ellas, «reaviva el deseo de conocer y el deseo de perfeccionamiento». La emoción vivida en conjunto crea lazos fuertes entre los niños en ese lugar colectivo de un género nuevo y genera relaciones de confianza con los bibliotecarios. Todo esto constituye la vida misma de la biblioteca.

Estas primeras bibliotecarias se revelaron como narradoras sin par. Hasta su retiro, manifestaron una exigencia indefectible en la selección y preparación de las historias leídas o contadas. Esta es la expresión del respeto que no cesaron de manifestar por los niños. Las tres han dejado un nombre en la historia del cuento y el relato oral. Clair Huchet Bishop, que llega en 1929 a Nueva York, participará muy activamente en los programas de cuentos de la NYPL. Uno de sus álbumes, *Los cinco hermanos chinos*, es conocido por todos los niños estadounidenses. Mathilde Leriche publicará varias recopilaciones de cuentos, y Marguerite Gruny, la principal formadora de bibliotecarios, escribe *El ABC del aprendiz de narrador de historias*.

Los objetivos fijados por las bibliotecarias francesas son muy próximos a aquellos pensados al otro lado del Atlántico: como en Boston y en otras grandes ciudades estadounidenses, el cuento ayuda a dar a conocer la existencia de estos nuevos servicios en los que los niños tendrán su lugar en lo sucesivo. Estas jóvenes mujeres llenas de audacia no vacilan, a comienzos de los años veinte del siglo XX, en salir a la calle para contar en el quiosco de la música del parque Montsouris y en el del *square* de Vaugirard en París.

En muchos dominios, ellas demostraron estar muy adelantadas a su época. Hacía falta, en efecto, una cierta libertad de espíritu para sostener en los medios pedagógicos un tal gusto por el cuento. Una forma de racionalismo mal comprendido, largo tiempo virulento en Francia, incitaba a muchos educadores a alejar a los niños de esas historias que «confunden su espíritu con ese revoltijo de otra época». Cuando, muchos años más tarde, la biblioteca de Clamart recibe a numerosos visitantes, algunos

manifiestan su perplejidad ante el lugar otorgado a los cuentos. Se sorprenden por la atención brindada a estas obras que, según ellos, tuercen el espíritu de los niños. El cuento estimularía una evasión culpable lejos de la realidad. También existe una cierta desconfianza respecto del relato popular diferente de la «verdadera cultura», de lo «bien escrito». ¿Qué es lo que no se dice también sobre ese universo de reyes y de reinas, de príncipes y princesas? ¿Esta «literatura reaccionaria» tiene lugar en la actualidad en una biblioteca para niños? Habrá que esperar la aparición del libro de Bruno Bettelheim, en los años setenta, para que desaparezca esta fuerte reticencia ante el cuento. Hubo, sin embargo, felices excepciones. Marc Soriaño, una autoridad universitaria incontestable en este dominio, manifiesta un verdadero interés por estos cuentos y canciones que pertenecen a la infancia del arte y al arte de la infancia.

A partir de los años veinte del siglo XX, los bibliotecarios tuvieron algunos aliados importantes: Paul Hazard, titular en el Collège de France de la cátedra de Literatura Comparada, fue un ferviente admirador de la Hora Alegre. Admiraba las selecciones literarias propuestas a los niños. Apreciaba los cuentos, «bellos espejos de agua, tan límpidos y profundos... En estos cuentos que tanta gente encontraría simples, se encuentra (...) toda una mitología poética, y los reflejos de la primera aurora de la imaginación humana». Amaba ver «a cada niño repetir a través de los cuentos la historia de nuestra especie, y retomar en sus inicios el curso de nuestro espíritu».

¿Es el gusto manifiesto de los niños de la Hora Alegre por el cuento el que incita a Paul Faucher, creador del Atelier du Père Castor, a editar los cuentos rusos de Baba Yaga y del pequeño pez de oro? Gruný relata que la Hora Alegre tuvo la primicia de estos cuentos: «Uno de nuestros antiguos lectores recuerda aún con qué placer se transformaba en ‘crítico’ cuando Paul Faucher, preocupado por conocer bien los gustos y deseos de los niños, venía cada semana a hacer parte de sus proyectos a un grupo de ellos durante el invierno de 1929-1930».

Esto incluso antes de la aparición, en 1931, del primer volumen de esta casa de edición que debía hacer escuela en el mundo...

La composición del repertorio de la Hora Alegre responde a los mismos principios adoptados en las grandes bibliotecas anglosajonas. Las narradoras toman de los hermanos Grimm, Andersen y Perrault, del patrimonio ruso y escandinavo; también de los grandes mitos universales, los *Cuentos del Minotauro* de Hawthorne y el *Asno de Oro* de Apuleyo. El acento también es puesto en cuentos franceses: Madame d'Aulnoy y Jeanne-Marie Leprince de Beaumont tienen un lugar de excepción, así como las novelas de Marcel Aymé, o incluso esos cuentos nacidos sobre tierras de lengua francesa contados por Charles Deulin y Henri Pourrat. También se brinda un lugar a los cuentos populares de la más pura tradición oral recopilados por Jean-François Bladé, Léon Pineau y otros; a recopilaciones hoy olvidadas como la del Canónigo Schmid o a esas grandes obras literarias que forman parte del patrimonio cultural francés, desde el *Roman de Renart* las fábulas y cuentos de la Edad Media a Flaubert, pasando por Maurice Genevoix y Alphonse Daudet. Tengo el recuerdo siempre vivo del «Barco fantasma» contado por Gruny y de los relatos extraídos de *El maravilloso viaje de Nils Holgersson* contados o leídos por Mathilde Leriche. La paleta en la Hora Alegre era rica. Magnífico don, magnífica confianza en la sensibilidad de los niños es este reconocimiento de su aptitud para conmoverse por el destino del otro; de maravillarse con tanta humanidad; de experimentar, a una tierna edad, el sentido de lo trágico, sin olvidar también la felicidad de poder reír a carcajadas.

La oralidad no se limita a la Hora del Cuento. Así, a instancias de los bibliotecarios que nos formaban, pasábamos gran parte de nuestra práctica y cursos no solamente conociendo obras, en particular novelas, sino ocupándonos personalmente y muy a menudo en un *tête à tête*<sup>4</sup> con los lectores

---

4. Conversación a solas, frente a frente, de tú y yo. (N. del E.).

para ayudarlos a encontrar lo que podía convenirles. Hacía falta entonces aprender a escuchar y hablar de cada libro en particular. Esta preciosa ayuda al lector exige una cierta desenvoltura en el arte de contar. He visto practicarla notablemente en la NYPL por parte de bibliotecarios que sabían comunicar su entusiasmo.

Una de las «invenciones» notables de la Hora Alegre de los primeros años es la lectura compartida de volúmenes, una lectura simple, íntima como en familia. Uno se sienta al lado de un niño y junto a él se toma el tiempo de leer y mirar un álbum. Este tipo de encuentro rico y tan natural lo practiqué como becaria en la calle Boutebrie, lo adopté en Clamart y luego a mi vez lo transmití a los alumnos en práctica que venían a formarse en la Alegría por los libros; también lo propagamos más allá de las fronteras francesas. Esta manera de aproximarse al niño, de acompañarlo en su descubrimiento, retuvo en especial la atención del psicoanalista René Diatkine y de la asociación ACCES (Acciones Culturales Contra las Exclusiones y las Segregaciones) que él fundó. Sus miembros captaron su alcance y la enriquecieron con sus reflexiones. Esta aproximación, por simple e informal que sea, implica en el adulto una observación sensible y respetuosa de lo que vive y se expresa en el niño que escucha y participa libremente en esa lectura.

Son numerosos los bibliotecarios, trabajadores sociales y educadores que vienen a formarse en la Hora Alegre. El aprendizaje del relato oral de historias y el conocimiento de las recopilaciones de cuentos ocupan un lugar importante en una formación que asocia práctica y reflexión. Las Horas Alegres de provincia creadas según el modelo de París serán una práctica personal de la Hora del Cuento.

Se remite a los alumnos en práctica una bibliografía de obras a leer durante los meses de estudio; entre estas, una lista de recopilaciones de cuentos que deben conocerse al revés y al derecho. Todos los alumnos en práctica, sin excepción, deben contar. La formación es estricta. Los alumnos en práctica seleccionan

los cuentos y se los deben contar primero, en un *tête à tête*, a Marguerite Gruny, pues no es aceptable que los niños paguen el costo de una historia mal preparada. Luego, los alumnos son autorizados a contar. La práctica se acompaña, a lo largo de todos los cursos, con una enseñanza sucinta brindada por Marguerite Gruny sobre las bibliotecas en general, su pedagogía y sus métodos. El cuento ocupa un lugar importante. Se encuentran más desarrollados elementos de sus charlas en su obra *ABC del aprendiz de narrador de historias*. Los niños tienen a veces la posibilidad de contar, con la obligación, también para ellos, de un aprendizaje previo. Porque cuando se debe contar, no se toma a la ligera la exigencia de calidad...

Por diferentes razones, el ejemplo de la Hora Alegre se sigue poco, en París en particular. Cuando a título personal emprendo la visita, a mediados de los años sesenta, a las bibliotecas de la capital, descubro que la Hora del Cuento no se practica.

En provincia, donde los bibliotecarios recibieron su formación de la Hora Alegre, se cuenta más, como en Versailles. La bibliotecaria de Caen, Geneviève Le Cacheux, antaño becaria en Cleveland, asegura regularmente una Hora del Cuento. Transmite, entre otros, cuentos que uno de sus antepasados recopiló de boca de una sirvienta. Aseguró su transcripción; su traducción, debería decir, ya que los cuentos eran primitivamente narrados en *patois* normando. En Tours, donde la biblioteca es considerada entonces como la biblioteca pública piloto, se innova acompañando las historias leídas —no contadas— con figuritas de fieltro fijadas sobre un flanelógrafo.

### **Clamart, una herencia doble**

Las dos primeras bibliotecarias de La Alegría por los Libros fueron formadas en la Hora Alegre y la New York Public Library. Extraen de allí gran parte de su inspiración y «Clamart» dispondrá de una bella sala del cuento con una gran chimenea. Para los niños

que no conocen en esta ciudad sino la pequeña llama azul del gas, escuchar ante las maderas en llamas que crepitan los maravilla. Algunas sesiones son memorables; es el caso cuando Denise Basdevant, que había vivido en Rumania, viene a contar cuentos de esta tradición. Ante la chimenea, su evocación de un universo de diablos, grandes hornos y humaredas adquiere un relieve particular. El ilustrador polaco Josef Wilkon, con grandes esbozos trazados sobre hojas blancas, acompaña el relato. La magia es total. Fueron, hay que confesarlo, experiencias raras.

Se aprovecha a veces el paso de visitantes o alumnos en práctica para hacer descubrir a los niños otros cuentos, otras maneras de contar, a veces incluso en otras lenguas. En este caso, el hilo conductor de la historia es brindado previamente.

Regularmente, la Hora del Cuento forma parte de los programas semanales. Más que un verdadero relato de cuentos, se trata de lectura en voz alta. La presencia en la biblioteca de una notable colección de volúmenes extranjeros en sus lenguas de origen e inéditos en francés incita, en efecto, a hacer conocer esas obras a los niños. Estos son inmediatamente atraídos por estos libros de una índole nueva, y en las salas de lectura bibliotecarios y alumnos en práctica se toman el tiempo para sentarse con los niños y relatarles de manera informal a aquellos que lo piden. La Hora del Cuento es una ocasión para presentar las obras a un grupo más numeroso. La imagen forma parte integral de estas pequeñas obras maestras y vuelve necesario el uso de un aparato de proyección. A veces, también se recurre a filmes fijos o de animación realizados de modo notable por los estudios estadounidenses de Weston Woods a partir de volúmenes convertidos en clásicos, desde Sendak a Ungerer pasando por Pat Hutchins o Robert McCloskey; con ayuda de una serie de diapositivas se presentan cuentos recopilados por Natha Caputo o de Marcel Aymé. Asimismo, se cuentan cuentos de expresión muy japonesa gracias a esos teatros de papel denominados *kamishibai*; un arte de la calle que



una amiga japonesa había introducido en la biblioteca desde su apertura.

En cuanto a la lectura en voz alta, esta no se limita a las sesiones semanales. La actualidad, en particular aquella televisada, de vez en cuando incita a recurrir a la lectura de un libro presentado en la pequeña pantalla. Así, cuando *El libro de la jungla* presentado por Walt Disney despertó el interés de los niños, la biblioteca se preocupó de hacerles conocer el libro original. Todas las tardes, luego de clases, un grupo de alumnos se reunía fielmente alrededor de un bibliotecario para una «lectura por episodios» de la obra de Kipling, que de este modo tuvo un gran éxito.

A comienzos de los años setenta, Bruno de La Salle descubre la biblioteca. De vez en cuando, este «narrador enamorado», que recorrió el mundo muy joven, viene a contar acompañándose con su «órgano de cristal» de los hermanos Baschet. También anima a los bibliotecarios a superar su timidez y retomar la bella tradición del verdadero relato oral de historias.

Evelyne Cevin comienza algunos años más tarde, su carrera de narradora con el inolvidable cuento del enebro de los hermanos Grimm. Los niños son invitados también a presentar cuentos; se trata entonces más de espectáculos o montajes audiovisuales que ellos mismos preparan en el taller, con la idea de hacer conocer a los más jóvenes algunas historias extraídas de clásicos extranjeros presentes en Clamart, pero todavía desconocidos en Francia, como algunos volúmenes del danés Ib Spang Olsen o del estadounidense Remy Charlip.

En esa época, la Edad de Oro de Francia, una asociación que reunía a personas de la tercera edad, pide a la biblioteca de Clamart que les presente volúmenes para contar a sus nietos. Muy pronto, su proyecto toma otro camino. Los álbumes son abandonados en beneficio del cuento, la tradición oral y, durante algunos años, de los relatos de vida. Desde entonces, esta asociación se consagra esencialmente al relato oral de historias. Exige una verdadera formación y para ello recurre a la Alegría por los Libros,

que delega la tarea en Bruno de La Salle y Evelyne Cerin. Desde entonces, esta última jamás ha dejado de animar talleres y participar en la organización de los ciclos de conferencias.

Todo esto forma parte de la ola del cuento que no ha cesado de amplificarse. La obra de Bettelheim logró vencer las desconfianzas de entonces. Además, narradores de gran talento se hacen conocer a través de sus libros, en particular Pierre Gripari y Nacer Khe-mir. Los cuentos de Isaac Bashevis Singer también son publicados por primera vez en Francia. Estas diversas recopilaciones aparecen fuera de las colecciones para niños. La Alegría por los Libros las descubre, y les brinda un gran eco en la *Revista de Libros para Niños*, contribuyendo así a hacerlos conocidos entre los públicos más jóvenes de las bibliotecas.

El cuento posee, de ahora en adelante, derecho de ciudadanía entre todas las generaciones. La Biblioteca Pública de Información del Centro Georges Pompidou invita a La Alegría por los Libros a organizar, en 1978, una gran exposición sobre el libro infantil: *Ulysse, Alice, ho hisse*. Presentada algunos meses después de la apertura del Centro e instalada en su vasto foso aún descubierto, destaca en gran medida el cuento. Bruno de La Salle y Muriel Bloch, que inicia entonces su carrera de narradora de historias, son los encargados de organizar el programa «La casa de lo dicho», en el que se sucederán, durante varios meses, diversos narradores de historias venidos de toda Francia. Es allí que los primeros narradores de la Edad de Oro hacen sus primeras armas ante un numeroso público de adultos y niños.

La Alegría por los Libros juega entonces un nuevo rol. La *Revista de Libros para Niños* publica, en el verano de 1977, su primer número consagrado al cuento. «El cuento se encuentra bien», anuncia uno de sus artículos. Sí, se encuentra bien donde hay bibliotecarios convencidos que se comprometen personalmente, como antaño en la Hora Alegre de París.

Porque se trata de convicción y compromiso personales, como se ve en cada historia de la biblioteca. Una

experiencia original desarrollada en Clamart merece que nos detengamos, aun si no duró mucho tiempo. A mediados de los años setenta, la biblioteca de Clamart es dirigida por Marie-Isabelle Merlet. Su repertorio es vasto: cuenta mucho, en particular los cuentos de los hermanos Grimm y los cuentos de la tradición judía destacada por Isaac Bashevis Singer y el cuentista francés Ben Zimet. En todo momento, ella cuenta. El cuento ya no está confinado a una hora y un lugar determinados. Ella cuenta porque la ocasión es propicia, o porque acaba de descubrir una historia y le vienen las ganas de contarla. ¡Feliz iniciativa que se demostró particularmente rica con adolescentes a veces refractarios a la lectura, y que descubrieron así su gusto por el relato! Este modo informal se asemeja a lo que se hace con los más jóvenes en torno a los libros de imágenes. El descubrimiento de estos no se limita a «la Hora del Libro de Imágenes»: no importa en qué momento, y según las disponibilidades, los bibliotecarios se dan el tiempo para sentarse y mirar o leer un volumen con uno o dos pequeños. Es una práctica cada vez más usual en nuestras bibliotecas en la actualidad. ¿Por qué con los más grandes no otorgarse esa misma libertad, con historias contadas a tiempo y a destiempo? Como con los más jóvenes, se comienza con uno de ellos y otros se acercan impulsados por la curiosidad y el deseo de escuchar, en circunstancias que rechazan la tradicional Hora del Cuento, que según ellos ya no es para su edad. Tales improvisaciones tienen lugar cuando la biblioteca se transporta a la calle. Con Wahid Allouche, bibliotecario narrador en Clamart, vivimos también más tarde algunas de esas experiencias.

En esos años en los que, luego de un largo sueño, el cuento por fin se despierta en nuestro país, la biblioteca de Clamart decide organizar jornadas de formación, apoyándose en principios sencillos: practicar sin esperar la perfección, escuchar y observar narradores de historias, reflexionar con ellos. Se invita a bibliotecarias narradoras fogueadas como Mathilde Leriche y Annie Kiss. Pierre Gripari, Nacer Khemir y Mohammed Belhafaoui también vienen a contar. Se cuenta, se comparan los diferentes estilos. Se discute

también sobre los repertorios y las prácticas. ¿Hay que proponer luego del cuento talleres de expresión o guardar silencio? ¿Hay que aprender de memoria o no? ¿Cómo memorizar? ¿Qué lugar dar al libro? ¿Cuándo se debe preferir la lectura en voz alta?, etc. Aún recordamos esas bellas jornadas, tan ricas en enseñanzas. Cada uno se iba con el fuerte deseo de contar.

Clamart organiza también en aquella época, con el conjunto de su equipo, una hora semanal de preparación de historias, demostrando así que contar es tarea de todos, independientemente de la función que cada uno cumpliera en esa casa. Es como en ciertas familias de antaño, cuando todos participaban en el relato oral de historias. El principio de esta iniciativa se fundaba en la emulación: más se escuchan cuentos, más se cuenta, más se fortalece el deseo de conocer mejor y más. Así cada miércoles, bibliotecarios, secretarías, encargados de bodega o personal de servicio, todos eran invitados a contar historias que se quería dar a conocer a los niños.

Más tarde, en los años ochenta Clamart decide salir a la calle para encontrarse con niños que, por diversas razones, tienen alguna dificultad para frecuentar la biblioteca. La historia contada, la lectura en voz alta poseen naturalmente su lugar. Cuando el mal tiempo nos hace adoptar el puerta a puerta, nos tomamos el tiempo para leer, como en la calle, pero esta vez en la casa: una manera de asociar al padre que está allí al placer de una historia compartida.

### **En Gran Bretaña, una experiencia dinámica**

Esta experiencia desarrollada en Clamart, fuera de los muros de la biblioteca, experiencia a la vez sencilla y notablemente fecunda, coincide en muchos puntos con la de Janet Hill. Becaria en la New York Public Library, donde estudió durante todo un año, Hill fue enseguida bibliotecaria en una de las barriadas populares de Londres. Bibliotecaria militante, expresa con vigor su irritación ante algunas prácticas neoyorquinas.

En su libro *Children are people*, cuenta su experiencia en los años setenta. La inmigración asiática se vuelve cada vez más gravitante y obliga a repensar el acercamiento a niños que vienen de países en los que la lectura no posee el mismo lugar que en Gran Bretaña. J. Hill rechaza con vehemencia la idea de la sala del cuento y ese modo tradicional de reunir obedientemente a los niños, en una suerte de intimidad afelpada por una escucha atenta y silenciosa. ¿Por qué aislar al cuento del resto de la biblioteca, por qué encerrarlo en una sala, por qué reservarlo, asimismo, a los niños? Es lo que se pregunta. ¿No es faltar a la tradición inmemorial del relato oral de historias, que siempre se ha practicado allí donde la gente vive y se reúne con toda naturalidad? Janet Hill retiene, sin embargo, la idea de contar afuera, como la NYPL lo ha hecho siempre en Central Park, al pie de la estatua de H. C. Andersen. En Lambeth, los bibliotecarios cuentan en todas partes, sobre todo en los parques públicos. No hay lugar fijo para esta cita. Hill se pregunta: ¿acaso el vendedor de helados espera a sus clientes encerrado en su tienda? No, por cierto, con su pequeño carro va de lugar en lugar, allí donde sabe que puede atraer a los niños. Los bibliotecarios que cuentan deben hacer lo mismo.

Esta voluntad de contar en el exterior, a cielo abierto, corresponde a la política general de Lambeth: la función del edificio es sólo proteger las colecciones. Lo esencial de la vida de la biblioteca debe vivirse fuera de sus muros. Es el mejor medio de alcanzar el mayor número de personas, y de hacer conocer del modo más natural las riquezas infinitas de la lectura.

En consecuencia, Janet Hill concede al cuento un lugar excepcional. Contar en sus condiciones requiere mucha energía. Se necesita también un gran número de narradores de historias, ya que las sesiones son frecuentes en verano. En los parques públicos de Lambeth, más de cuarenta sesiones de cuentos tienen lugar cada semana. Los bibliotecarios para niños no dan abasto y está bien así, porque el personal de otros servicios de la biblioteca puede

unirse a ellos. Mediante pequeños anuncios se recluta también, esto previa audición. La selección es severa. Todos conforman un equipo. Para cada una de las sesiones, se prevén dos narradores. Uno de ellos es necesariamente un bibliotecario, por la preocupación de garantizar siempre un vínculo con la biblioteca.

Este modo de hacer las cosas recuerda al de los dos titiriteros. Los dos compinches parten con sus pancartas que anuncian el evento. Mientras uno planta a la sombra de un árbol un poste para colgar uno de los carteles, instala un micrófono y una suerte de estrado, el otro recorre el jardín público con su pancarta al viento para reunir al auditorio. Luego, mientras uno cuenta, el otro se preocupa de que todo transcurra del mejor modo posible. La utilización del micrófono ayuda a superar el ruido de las conversaciones y las burlas, a condición, por supuesto, de que niños algo turbulentos no se diviertan desconectándolo. A veces, los narradores pueden recibir todo tipo de proyectiles. Como vemos, el asunto no es siempre reposado, pero tiene gran éxito.

En Lambeth, la preferencia la tienen los cuentos populares. Obligatoriamente, estos deben provenir de obras de la biblioteca. Es importante que el narrador pueda mostrar el libro a su auditorio. Bibliotecarios y narradores deben leer muchos cuentos; dan su preferencia a textos lo más cercanos que sea posible a las fuentes. Se trata, en efecto, de separar los textos demasiado trabajados o excesivamente literarios. Las recopilaciones de Joseph Jacobs y los hermanos Grimm constituyen fuentes inextinguibles, así como las antologías de Ruth Manning-Sanders. Cada verano, cada uno debe aprender al menos seis cuentos nuevos y se supervisa que no se presenten duplicaciones. Las historias son escogidas para niños entre siete y diez años. De hecho, el abanico es más amplio y la mayor parte del tiempo adultos interesados se unen a ellos.

Bibliotecarios y narradores cuentan también en parques de juegos, piscinas, centros deportivos, patios de recreo en las escuelas, en todas partes donde es posible encontrarse con niños de modo informal. Esto

recuerda a las primeras bibliotecarias narradoras de comienzos del siglo XX en las grandes ciudades de Estados Unidos. Llenas de audacia, ellas también habían escogido, desde un principio, narrar en todas partes. Para Janet Hill, leer en el exterior se impone: se trata de poner en evidencia para todos lo que la institución propone, lo que se puede esperar de la lectura. También es un buen medio de trabar relaciones de modo completamente natural con las personas del barrio.

### De la influencia del *storytelling*<sup>5</sup> en la edición

Brindando un lugar de excepción al *storytelling* y otras formas de expresión oral, el bibliotecario espera ayudar a los niños a apreciar la verdadera calidad de libros y relatos. También está en posición de observar la acogida que los pequeños reservan a estas historias. Extrae una información preciosa para todos: padres, bibliotecarios y también editores. Es así como uno se puede liberar de las ideas recibidas, de las generalizaciones precipitadas, que tan a menudo desprecian gustos y aptitudes de los niños. Allí donde los bibliotecarios aceptan acercarse a los niños en las lecturas compartidas, allí donde se dan el tiempo de contar, leer en voz alta, hablar de los libros y presentarlos oralmente, allí las selecciones propuestas son de mejor calidad.

Ciertos países —mayoritariamente del sur— son invadidos por una producción editorial muy mediocre, editada y distribuida a bajo costo. Aquí y allá, la conciencia de este deplorable fenómeno ha suscitado la creación de servicios de lectura de un nuevo tipo. Se deben a personas preocupadas de hacer conocer a los niños lo mejor de la producción mundial, al tiempo que impulsan una edición de calidad en sus propios países. A menudo, estas personas han descubierto en el extranjero la acción de las mejores bibliotecas.

---

5. «Narración de cuentos» (N. del E.).

Sin esperar medios hipotéticos, han creado pequeñas estructuras de lectura que permiten proponer lo mejor, acompañar a los niños en sus descubrimientos y, a partir de sus observaciones, generar y promover producciones originales o traducciones de obras maestras. Hay puntos comunes en estas iniciativas nacidas en Asia, América Latina o en África: las bibliotecarias son, a menudo, ellas mismas narradoras o lectoras entusiastas. Gracias al lugar brindado a la oralidad, a la lectura compartida, estas bibliotecas de un nuevo carácter juegan un rol auténticamente cultural y, en este mismo sentido, un rol social.

### En Japón

El importante movimiento japonés de los *bunko* debe mucho al arte del cuento tal como es practicado en América del Norte. Luego de la Segunda Guerra Mundial, la edición en Japón es muy mediocre y no existen verdaderas bibliotecas públicas abiertas a los niños. En el curso de sus viajes por Estados Unidos y Europa, una mujer excepcional, Momoko Ishii, descubre la vitalidad de las bibliotecas públicas. Se convence inmediatamente del aporte inestimable de las Horas del Cuento, por la acogida brindada a los niños y la puesta en valor de los grandes clásicos de la infancia. Decide entonces crear en su casa de Tokio una pequeña biblioteca, un *bunko*. Cada semana, recibe a niños del vecindario en torno a libros escogidos. Con toda tranquilidad, los niños vienen a leer, como en familia. Ella cuenta mucho, lee con ellos, se toma el tiempo de conocer sus impresiones, sus gustos, sus deseos. A partir de esta pequeña experiencia de proximidad, a la vez íntima y cálida, se crea un vasto movimiento a favor de los *bunko*. Momoko Ishii, más tarde asistida por Kyoko Matsuoka, forman en el arte del relato y el *storytelling* a las numerosas animadoras de todas estas pequeñas bibliotecas. Están en constante relación con el mundo de la edición. El excelente editor Tadashi Matsui,



fundador de las ediciones Fukuinkan, hoy tan apreciadas en Francia, reconoce que debe mucho a estas pequeñas bibliotecas, donde niños y padres tienen todo el tiempo para escuchar historias y descubrir los tesoros de la literatura, donde conviven creaciones japonesas y obras maestras extranjeras.

### **En el sur de África**

A comienzos de los años ochenta en el otro lado del mundo, en Zimbabue, nace en un contexto económico y cultural totalmente diferente un movimiento semejante, los *home libraries*. La iniciativa remite aquí también a una narradora que milita por una alfabetización eficaz de las mujeres de su país. Para ello, propone a esas madres en aprendizaje que narren y lean a sus niños. Pero los libros faltan, o bien, simples productos importados masivamente, son de una pobreza desoladora. Una literatura auténticamente africana editada en lengua nacional es necesaria, piensa ella. Para introducir en ella motivos tradicionales, hay que apoyarse en la riqueza de la tradición oral. Ella decide entonces abrir su casa a los niños del vecindario para hacer allí, una vez por semana, como una pequeña biblioteca. Los niños vienen a escuchar historias; también son invitados a contar las que han recogido en sus hogares, de sus padres, vecinos o ancianos. Con los medios disponibles, libros ciertamente modestos pudieron ser así editados. En todos estos países del sur en que las tradiciones orales son tan bellas, la edición emergente que busca su camino no puede sino ganar apoyándose en la fuerza de los cuentos y relatos populares.

### **En Tailandia**

Somboon Singkamanan, profesora de biblioteconomía en una universidad de Bangkok, brindó al cuento, al relato, un lugar central en su enseñanza y en las bibliotecas. Como el Japón de la posguerra, su país

sufre la invasión de una edición extranjera de escasa calidad. Su conocimiento entusiasta de las obras maestras universales de la literatura infantil la incita a presentarlas a sus alumnos narrándolas, porque para ella el conocimiento sensible de estas obras es la mejor preparación en el oficio de bibliotecario. Como un libro viviente, a la manera de *Fahrenheit 451*, les hace conocer las obras maestras aún no traducidas. Se las cuenta. A su vez, sus alumnos las transmiten oralmente a los niños. También tiene la misión de recoger de boca de sus jóvenes auditores los cuentos siempre vivos de su región. Estos jóvenes aprendices de bibliotecarios recorrerán el país con las pequeñas bibliotecas portátiles que Somboon Singkamanan inventó. Son especies de mesas de puestro en forma de tríptico, fáciles de transportar e instalar en las escuelas, pero también en los mercados, en las calles y en los templos. Allí, los bibliotecarios presentarán a su manera los libros escogidos con cuidado. Debido a su calidad literaria y artística, los cuentan con entusiasmo y provocan en los niños ganas de leer esos libros de un nuevo tipo. El principio de estas bibliotecas nacidas en Tailandia será adoptado en numerosos países del sur, en particular en Líbano y en Egipto.

En el corazón de estas experiencias de pequeñas bibliotecas nacidas en Asia y en África, existe siempre el *storytelling* con la preocupación de hacer conocer obras de calidad. Su pequeño tamaño les permite infiltrarse por todas partes, allí donde viven y pasan los niños y las familias. Estas estructuras modestas son ricas en enseñanza, en el mismo momento en que se instalan las grandes mediatecas de la actualidad. Les recuerdan lo que es esencial, sea cual sea la dimensión de la institución.

### **En Francia, actualmente**

En la actualidad se relata en todas partes, en jardines públicos, cafés, restaurantes, hospitales, prisiones... En los años setenta, los primeros *storytellers*,

los que marcaron los inicios de la renovación del cuento, se inclinaban naturalmente por las bibliotecas. Estos espacios habían participado tanto bien como mal en este renacimiento. ¿Qué ocurre ahora? ¿Cómo, de acuerdo a su propia vocación, las bibliotecas de nuestro país participan en este vasto movimiento?

Cada vez con mayor frecuencia, las bibliotecas recurren a *storytellers* exteriores. Se trata de eventos excepcionales, festivos. Dichos momentos reúnen a adultos y niños y marcan de un modo feliz la vida de la biblioteca. ¿Qué ocurre durante todo el año? En lo que concierne al *storytelling*, en su acepción precisa —que no debe ser confundida con la lectura en voz alta—, los bibliotecarios relatan poco. Se invoca la falta de tiempo, la sobrecarga de nuevas tareas, como la gestión administrativa de equipos o la implementación de nuevas tecnologías; tareas todas que parecen ocupar un lugar creciente en las formaciones iniciales. ¿Qué ocurre entonces con la simple palabra en torno a libros y lecturas? ¿Está en vías de desaparición? Este retroceso de la oralidad pura en las bibliotecas es un fenómeno general que, aparentemente, alcanza a la mayor parte de los países industrializados.

Hoy en día, personas externas a la profesión atraen afortunadamente la atención de los bibliotecarios sobre lo que constituye, a sus ojos, una de sus riquezas propias: la primacía otorgada al relato y a la palabra en el lugar de encuentro con lo escrito y la información, en el sentido más amplio del término. La observación sobre la biblioteca de estos investigadores y trabajadores del mundo de la salud o del lenguaje, pedagogos, artistas y militantes sociales, ha jugado un rol importante en la evolución de ciertas bibliotecas en el curso de los últimos veinte años. Su saber, sus experiencias personales, su conciencia de los defectos de nuestras sociedades remiten a las intuiciones y compromisos de los primeros bibliotecarios. Así es nuevamente destacado lo que aparece como único en este lugar que, por principio, debe privilegiar la lengua del relato. Se trata de la calidad de los encuentros tanto con

las obras como con las personas. Según René Diatkine, fundador del movimiento ACCES (Acciones culturales contra las exclusiones y las segregaciones), los bibliotecarios implementan «en la práctica las ideas teóricas más avanzadas», tanto en los dominios psicológico y pedagógico como en el lingüístico, y todo esto en el corazón de lo cotidiano.

Existe una cierta coincidencia entre las convicciones de estos investigadores comprometidos y los bibliotecarios pioneros: un mismo sentimiento de urgencia ante el desamparo de los niños y las familias de la inmigración, y de todos aquellos que viven situaciones de exclusión; una misma convicción de que la historia relatada, compartida con otros libremente y sin controles, es liberadora; es asimismo por la experiencia que unos y otros saben que este contacto frecuente desde los primeros años con historias contadas o leídas, permite acceder al dominio de la lengua del relato, jugar con el tiempo y el espacio, tomar el camino de una auténtica vida cultural, a la vez personal y relacional.

Evocando el placer de la lectura —cuya adquisición es «compleja, difícil y también alegre», René Diatkine habla de «actividad síquica esencial, que permite al sujeto transformarse en el narrador de su propia historia, brindándole también una gran libertad interior». Con la diversidad de sus propuestas, de los encuentros que suscita, la biblioteca puede jugar un rol único ya en los más pequeños con la «entrada en literatura», para retomar una expresión de ACCES. Para ello deben asegurarse condiciones que son responsabilidad del bibliotecario.

### **La oralidad es la verdadera naturaleza del oficio de bibliotecario**

El lugar central del relato, de la palabra, significa para el bibliotecario un compromiso con los niños, una verdadera responsabilidad en su apertura a una auténtica vida cultural. No basta con poner a los niños en presencia de colecciones de documentos y multiplicar las

animaciones-espectáculos. Se trata de hacer vivir a los niños encuentros capaces de dar sabor a toda una vida.

El bibliotecario para niños no es un inspector ni un contador. Si se toma el tiempo de preparar una historia o una lectura en voz alta, es porque él mismo está convencido de la calidad de una obra y de los intercambios que puede provocar. Tiene deseos de compartir su entusiasmo y se da el tiempo de hacerlo. Se trata de la calidad de vida en esta casa, de la selección de los libros propuestos, de la participación de los niños. Teniendo voz cada uno, se siente reconocido y animado a ir más allá en sus descubrimientos. La biblioteca es entonces un lugar de lectura donde la palabra puede intercambiarse.

Todo esto no requiere medios materiales particulares: estos encuentros pueden vivirse sin importar dónde, en la intimidad como en el espacio público, en los grandes establecimientos como en las pequeñas estructuras, en la biblioteca como en el exterior. Lo esencial es la proximidad; la proximidad de las obras y la proximidad de los niños y los vínculos así engendrados. ¿Falta de tiempo y de espacio? Hay que estrechar entonces relaciones con las instituciones y personas que acogen a los niños. Para unos y otros, para los bibliotecarios y sus socios, es un enriquecimiento posible.

*El bibliotecario es antes que nada un passant:* con él, los niños podrán acceder a tierras que conoce personalmente. Ama saber cómo cada niño vive estos encuentros. Observa con simpatía; escucha con interés; acepta también brindar algo de su propia sensibilidad. A cambio, recibe la expresión espontánea de la emoción de aquel al que se dirige en estos valiosísimos cara a cara. El niño concreto lo ayuda a superar las generalidades abstractas y los *a priori*. Lo ayuda a reencontrar las tierras de la infancia, del niño singular.

En estos últimos años y en las bibliotecas más vitales, el acento ha sido puesto, prioritariamente, sobre esta lectura íntima y compartida del libro con los pequeños, y la importancia de estos primeros contactos libres y felices con este. Para alcanzar a aquellos que por diversas razones no frecuentan la biblioteca,

esta —lo hemos visto— no duda en salir de sus muros para proponer en los lugares más insospechados, encuentros a la vez sencillos y ricos en torno a lecturas compartidas. En todas partes entonces, los adultos pueden ser testigos de la importancia del relato y del libro en la vida de los niños. Por esta razón, se da preferencia a los lugares donde es posible reunirse naturalmente con aquellos que, niños o padres, viven diferentes formas de exclusión. El libro y la lectura así descubiertos, el vínculo establecido con el bibliotecario del barrio, la permanencia de su acogida y proximidad, son elementos tranquilizadores y alentadores para niños y familias que sufren el drama de la precariedad. En estos encuentros, la palabra está presente: la palabra de aquel que, por el tono y el calor de su voz, da vida al libro, así como la palabra espontánea, el relato, la imagen, la lectura, despiertan en el niño una palabra sensible que escuchamos con atención. No olvidamos, sin embargo, la importancia de las historias contadas sin recurrir al libro. Incluso cuando son muy pequeños, los niños son entusiastas. «Cuéntame una historia con la boca», piden.

*El bibliotecario es un testigo.* Al igual que en la época de sus lejanos predecesores que —por el lugar otorgado al relato oral— supieron despertar en los niños el gusto por las obras bellas y con carácter, estas acciones, a la vez sencillas y ricas, hacen a los adultos más exigentes en sus proposiciones de lectura. En los países del norte y en los del sur, en las bibliotecas pequeñas y grandes, en todos los lugares en los que la palabra del libro se vuelve próxima, donde el adulto se vuelve testigo de la emoción literaria de los niños, la calidad de las lecturas progresa. Esta atención, en efecto, ayuda a discernir en estos aprendices de lectores sus gustos y preferencias tan a menudo subestimados.

En toda edad, escuchar una historia es un placer. En todos los actos de la biblioteca, la palabra encuentra su lugar; de otro modo, sería grande el riesgo de no ser más que un espacio de distribución y consumo. En la actualidad, los niños de entre ocho y doce años

también tienen necesidad de esta atención que, por supuesto, se manifiesta de un modo diferente con objeto de no afectar su deseo de autonomía. Esto se vive a menudo de un modo feliz, gracias al cara a cara. Es uno de los deberes primordiales del bibliotecario contar y hablar de los libros al lector vacilante que recurre a él para escoger sus lecturas.

Los adolescentes que rechazan la tradicional hora del cuento «porque es para los chicos», resisten rara vez el placer de escuchar una historia si el bibliotecario narrador sabe adaptarse a su manera de vivir juntos, como fue el caso en Clamart. El testimonio de Serge Boimare es significativo a este respecto. Los preadolescentes vulnerables de los que era profesor, rechazaban con violencia o apatía toda forma de aprendizaje escolar u otra, hasta el momento en que se puso a contar en clase los cuentos de los hermanos Grimm. La fuerza de los relatos así presentados desencadenó en ellos un auténtico gusto por otras obras literarias cuya lectura está habitualmente reservada, se cree, a los lectores fogueados. Reencontramos aquí las experiencias vividas en Boston o Cleveland hace más de un siglo. La historia relatada, si tiene calidad, abre el camino a verdaderas experiencias literarias. Estas constataciones deberían llevar a repensar radicalmente las selecciones propuestas a los adolescentes en bibliotecas y escuelas.

*El bibliotecario debe ser un narrador.* Es la firme convicción de Daniel Pennac. En su obra *Comme un roman* (Como una novela), reconviene a los bibliotecarios: ¿cómo pueden los niños tener ganas de lanzarse a la lectura de novelas, si los bibliotecarios no se dan la molestia de presentarlas contándolas? Esto implica que se conozcan realmente las obras y que se esté convencido de su valor. De otro modo, ¿cómo podría pasar la corriente? Esto se aprende igual que el *storytelling*. Este modo de presentación, a la vez informal y seductor, lo vi magníficamente practicado en Nueva York, en París, en la Hora Alegre y también durante largos años en Clamart por parte de bibliotecarios entusiastas y felices de transmitir una obra que

vale la pena. La «ayuda al lector» así concebida y a la cual antaño las formaciones daban tanta importancia, fue largo tiempo considerada como la base misma del oficio de bibliotecario.

Esta aptitud y esta práctica no se limitan a la ficción. Conciernen a todos los dominios de conocimiento. Los encuentros con científicos apasionados, felices de transmitir un conocimiento integrado a sus vidas, brindan un carácter viviente y personal a la información. Su presentación, al igual que un relato, entrega un hilo conductor susceptible de evocar las evoluciones, ensayos e interrogaciones, en circunstancias que la edición impresa, tentada en la actualidad de adoptar los mismos enfoques que Internet, renuncia demasiado a menudo a estos relatos vivientes y prefiere yuxtaponer informaciones. Se tejen relaciones de confianza entre niños y «conocedores» que se vuelven próximos. Entonces, la auténtica curiosidad puede expresarse, los recursos propuestos por los soportes de información, cualesquiera sean estos, adquieren sentido. La investigación se vuelve apasionante. Y puede habitar toda una vida. El gran especialista en dinosaurios Philippe Taquet, antaño director del Museo de Historia Natural en París, a menudo invocó la importancia para un investigador de escuchar las preguntas de los niños. Estos diálogos, estos descubrimientos mutuos, estos encuentros son la sal de la vida.

### **A modo de conclusión**

¿Por qué haber acordado tanta importancia a las primeras experiencias para evocar algunos aspectos de la historia del cuento en la biblioteca? ¿Qué fue lo que incitó a esos pioneros en Estados Unidos, en Gran Bretaña y en Francia a lanzarse a acciones que, según los lugares, adquirieron formas diversas, aunque siempre conservaron su fidelidad a los principios básicos?

Ya sean pequeñas o grandes, todas reposan, antes que nada, en la observación lúcida de las realidades,



la conciencia de una carencia. Y esa carencia provoca un nuevo enfoque: en los países industrializados, es el drama de la exclusión de una parte importante de la población, la llegada masiva de inmigrantes que vienen de países donde las tradiciones son diferentes y sufren la violencia del desarraigo en ciudades demasiado grandes. Gracias a la inteligencia generosa de mujeres notables, estas presencias extranjeras enriquecerán por su cultura y sus diferencias la vida de la biblioteca, al tiempo que se observa una integración a una cultura común. La biblioteca, en lugar de no ser más que un lugar de préstamo, se transforma de inmediato y gracias a la palabra en un lugar de transmisión de una riqueza excepcional.

En los años setenta y sobre la misma tela, bibliotecarios como Janet Hill en Gran Bretaña trazan un nuevo dibujo. La biblioteca pública está allí, con la riqueza de una larga tradición. Son necesarias estrategias nuevas para abrirlas a los numerosos inmigrantes llegados de países donde la lectura no tiene el mismo estatus. Es entonces que el cuento y el relato dejan los muros de la biblioteca para infiltrarse y mostrarse en los lugares más diversos.

En Francia, la primera Hora Alegre de París, heredera de la institución anglosajona, le da también a esta un nuevo toque. Beneficiándose de los aportes de movimientos pedagógicos franceses preocupados por transformar la vida social de los niños así como su relación con el saber, hace de este lugar de lectura un espacio donde su curiosidad puede desplegarse libremente mediante su participación responsable en la vida de este «segundo hogar». Las relaciones de confianza entre niños y adultos no pueden sino despertar el apetito de conocer. Para los bibliotecarios el cuento, el relato y la importancia dada a la palabra viva, ayudan a crear una vida comunitaria particularmente estimulante en nuestro país, donde el niño en las instituciones fue largo tiempo considerado esencialmente como un escolar.

En cuanto a los países invadidos pese a ellos por una producción editorial mediocre, la tradición oral se integra a la biblioteca y revela el gusto de los niños

por los relatos bellos y con carácter. Es una incitación a educadores y editores, a fin de que busquen para ellos libros capaces de entusiasmarlos.

Estas poderosas convicciones barrían en esos bibliotecarios las habituales objeciones: falta de tiempo, de dinero, falta de confianza en los públicos concernidos. Unos y otros se ponen a trabajar sin esperar. Todos coinciden en los mismos puntos: la importancia de una cultura literaria viviente, la necesidad de compartirla y transmitirla.

Como nos lo recuerda su historia desde sus orígenes, la biblioteca para niños es un lugar en perpetuo movimiento, con infinita flexibilidad y riqueza, un lugar de encuentros esenciales, porque es antes que nada el lugar de la palabra: la del libro, por supuesto, pero también la palabra interior del lector, aquella del adulto que transmite y también sabe enriquecerse con la palabra del niño; una palabra que reconoce la existencia del otro y ayuda a reencontrarse uno mismo; una palabra que une y libera. Esta palabra viviente no se complica con medios múltiples para existir; puede infiltrarse en todas partes; no puede ser dogmática; no puede languidecer en la rutina. Al compartirla, se enriquece. Por su arraigo en la tradición y su vínculo posible con el mundo entero, permite vivir mejor aquí y ahora.

Hoy en día, en un mundo abarrotado, un mundo de consumo, un mundo que excluye siempre más, un mundo que vive demasiado aprisa y en la superficie, ¿qué lugar, qué tiempo otorga la biblioteca a la palabra viva, a una palabra esencial? La respuesta no está en los medios, sino en la mirada, aquella que permite ver dónde están nuestras prioridades.

## Bibliografía

### Libros

- Gruny (Marguerite). *ABC de l'apprenti conteur*, segunda edición revisada y completada; París, Agence culturelle, 1995
- Hazard (Paul). *Les Livres, les Enfants et les Hommes*, Hatier, 1967
- Long (Harriet G.) *Public Library Service to Children: Foundation and Development*. Metuchen, N.J., The Scarecrow Press, 1969
- Patte (Geneviève). *Laissez-les lire! Les enfants et les bibliothèques*. Nueva edición completada y puesta al día. París, Ed. de l'Atelier, 1987. (Colección Enfance Heureuse)
- Patte (Geneviève) et Hannesdottir (Sigrun), ed. *Library Work for Children and Young Adults in the Developing Countries. Les Enfants, les Jeunes et les Bibliothèques dans les Pays en Développement*, K.G.Saur, París, 1984 (en particular para las experiencias en Senegal, Tailandia y Zimbabue)
- Pellowski (Anne). *The world of storytelling*, New York, Bowker, 1977.
- Sawyer (Ruth), *The way of the storyteller*, New York, Viking, 1962 (c.1942)
- Sayers (Frances Clarke), *Summoned by Books*, New York, Viking, 1965 (c. 1937)
- Shedlock (Mary L.), *The art of storytelling*, New York, Dover, 1952 (c.1915)

### Artículos

- Filstrup (Jane M.), «The Enchanted Cradle: Early Storytelling in Boston». En *The Horn Book Magazine*, dic. 1976.
- Matsuoka (Kyoko), «A Home Library in Japan». En *Top of the News*, enero 1970



## ¿Bibliotecas minúsvulas?

- 
6. Intervención en Salamanca, realizada en junio del 2008, en el marco de las Octavas Jornadas de Bibliotecas Infantiles y Escolares. El título ha sido incorporado por los editores.



¿Niños minusválidos de lectura o bien bibliotecas minusválidas?

Parece importante, para nosotros bibliotecarios, comenzar por plantearnos esta pregunta: ¿la característica de la biblioteca no es, en efecto, su flexibilidad, esa adaptabilidad que debería permitirle, junto con la diversidad de lecturas propuestas, responder a la diversidad de expectativas de sus públicos reales y potenciales? Pero con el libro, la lectura, la biblioteca, estamos en el mundo de la paradoja, de lo inesperado.

Todos lo sabemos: la lectura es un acto aparentemente paradójico. Personal, interior, íntima, exige, para ser verdadera, la capacidad de entrar en relación con el otro, con la palabra del autor, para darle vida y nutrirse de ella. La biblioteca es también un lugar paradójico: los niños vienen a ella libremente, aprenden en ella a ser autónomos y hacen en ella, sin embargo, el aprendizaje de un cierto tipo de vida en sociedad en la que todas las formas de encuentros son posibles.

Para intentar responder a la pregunta anunciada en el título de mi intervención, me apoyaré sobre lo que he podido observar y escuchar, tanto en Francia como en el extranjero, especialmente en los países en desarrollo, puesto que los países ricos tienen también sus bolsones de pobreza.

Comenzaré por definir lo que me parece ser una biblioteca minusválida. He identificado en las bibliotecas una cierta cantidad de enfermedades.

- La parálisis: la biblioteca es incapaz de ser dinámica, de moverse; está atrapada en su rutina y

su cerebro no llega a comunicarse con sus miembros;

- El crecimiento bloqueado; es incapaz de evolucionar, no llega a adaptarse a un entorno en mutación: para ella, las cosas han sido decididas de una vez para siempre; no se cuestiona el «siempre ha sido así».
- La debilidad de espíritu: se limita a imitar modelos, olvidando el espíritu de lo que hace. La biblioteca sigue ciegamente recetas de biblioteconomía; ignora la fantasía.
- La ceguera: la biblioteca minusválida es ciega, no sabe mirar hacia el horizonte, no ve más allá de la punta de su nariz, ningún proyecto la anima y, por otra parte, no sabe dónde pone los pies, ni ve por dónde camina cada día.
- Una identidad frágil: la biblioteca minusválida tiene problemas de identidad. No sabe cómo se sitúa respecto a la escuela, ni respecto a los centros recreativos. Se limita a imitarlos lo mejor que puede. Tiene miedo de trabajar en condiciones de igualdad con otras estructuras porque el mínimo cuestionamiento la desestabiliza.
- Una columna vertebral frágil que reemplaza por una caparazón llamada burocracia y una forma de materialismo: así, se conforma con tener un bello edificio, colecciones de libros bien ordenados. Su columna vertebral es, al mismo tiempo, débil y rígida.
- Una agitación febril que se traduce por un activismo descontrolado: necesita animaciones permanentes; es necesario que todo sea visible y, sobre todo, que sus acciones la valoricen. Tiene miedo de la ausencia, del silencio.
- Una obsesión: las estadísticas. Sólo le importan las estadísticas. Importa poco que los libros sean leídos, importa poco la calidad de las lecturas. Importa poco que la biblioteca esté llena de colegiales que vengan simplemente a copiar textos o fotocopiarlos, sin intentar comprenderlos; para ella lo que cuenta son las estadísticas de frecuentación, de préstamo, es lo que le da la certeza del trabajo hecho.



- La biblioteca minusválida cree en las recetas, en los resultados inmediatos y automáticos.
- La biblioteca necesita cada vez más prótesis; está convencida de que no puede funcionar sin rodearse de una acumulación de máquinas sofisticadas. Entonces sus músculos se atrofian, no sabe ya utilizar lo que es simple, el funcionamiento sencillo que permite los encuentros y deja tiempo para hablar y escuchar. Todas sus máquinas la inmovilizan y le impiden salir, ir hacia los demás.

Mientras que una biblioteca sana es una biblioteca que propone una organización clara, con las señas necesarias para que todos puedan orientarse; un orden en su funcionamiento, condición de una vida en sociedad armoniosa y responsable. Es un lugar que favorece la libertad, la iniciativa, la diversidad de las conductas, la curiosidad; que provoca encuentros fecundos y fomenta la participación original de cada uno. Condiciones todas estas que ayudan a los niños a vivir mejor sus vidas de niños, porque estos encuentros —con los otros, en persona o a través de las lecturas— los ayudan a tomar conciencia de su propia identidad, enseñando, al mismo tiempo, a vivir de manera interesante con niños de todas las edades, así como con adultos interesados por el intercambio con ellos sin preocupación pedagógica, en el sentido estrecho del término.

Sin embargo hay ciertos niños, jóvenes y padres que, por diferentes razones, no encuentran su lugar en la biblioteca.

Durante mucho tiempo, los más pequeños eran «excluidos» de la biblioteca: puesto que no saben descifrar, no pueden, se pensaba, encontrarle algún tipo de interés a los libros. Los padres tampoco eran bienvenidos. Estas exclusiones pertenecen ahora al pasado. Giro radical de la situación: hoy en día son los más pequeños quienes, por su práctica, su comportamiento, nos ayudan a descubrir lo que puede ser la lectura a cualquier edad. Paradójicamente, se encuentran entre los mejores lectores. Con ellos, la expresión «hacer leer» a los niños pierde su sentido

habitual, con el voluntarismo que evoca, fastidioso, como un «ensañamiento terapéutico» (en Francia, el aprendizaje de la lectura en la escuela debe hacerse durante los tres primeros meses de la escuela básica).

¿Qué nos enseña el más pequeño sobre la lectura? Para él, la lectura es relación, en los dos sentidos de la palabra: relato y contacto. Placer de la relación afectuosa, confiada y fuerte, con el que o la que lo acompaña en el descubrimiento del libro, de la historia contada en palabras e imágenes, en esa experiencia compartida. Placer de la relación con tal o cual personaje con el que se identificará libremente, porque más allá de las apariencias y gracias al artificio de la ficción, él capta lo esencial. Contacto con su realidad interior. «Es como yo y no es yo», dice viviendo la historia de «Osito de visita» (Maurice Sendak). Para él, la lectura es experiencia y no acumulación de saberes. Experiencia que, por la gracia del libro, va a poder vivir y revivir hasta la saciedad. Riqueza de este objeto, portador de esas historias siempre leídas y vueltas a leer de manera nueva: el libro, pase lo que pase, es siempre el mismo, con sus caracteres tipográficos que desfilan a lo largo de las páginas y que está seguro de volver a encontrar siempre idénticos. ¡Qué alivio en un mundo en perpetuo cambio y que va demasiado rápido! El libro, el cuento en particular, es siempre un espacio, un tiempo que propone un ritmo, un orden, una estructura. Por sus relecturas repetidas, el lector prevé lo que ocurrirá. Se encuentra, de alguna manera, en la situación de aquel que sabe. A su manera, se hace autor: escribe su historia, aquella que necesitamos. La experiencia que vive y revive a través de una historia, de un libro, la hace suya, se la apropia. Se nutre de ella y por allí, enriquece el relato, texto e imágenes, en un movimiento de vaivén, tal como lo recuerda la sicoanalista Colette Chiland: el verdadero lector, a diferencia del lector por encargo, del simple decodificador, presta algo de su teatro interior al relato que, enriquecido de esta manera, nutre la vida interior del lector. Vemos así la importancia de las historias contadas a los niños desde la más tierna infancia.

Estamos aquí en el ámbito del ser y no en el del tener, de lo cuantitativo. Aquí no hay control, ni consideraciones de eficacia o de rentabilidad. Cada lector comprende, lee a su manera. Es la gratuidad y la libertad absolutas. El verdadero lector es el que se permite todas las libertades: saltarse las páginas que le fastidian o le aburren; invertir el orden y comenzar por el final, como el niño sensible, preocupado de que haya un final feliz para poder, entonces, vivir sin temor toda la historia y afrontar sus momentos dramáticos. Pues dichos momentos son reales. Algunos grandes clásicos de la infancia, si no fueran consagrados, podrían ser perfectamente censurados hoy en día. Recuerden ciertas historias de Beatrix Potter y cómo la madre coneja le advierte a Pierre Lapin: «No vayas al jardín, señor MacGregor, tu padre tuvo allí un accidente y terminó transformado en paté sobre su mesa». ¡Muerte humillante entre todas! Asimismo, la historia de Babar comienza mal: «su madre es asesina-da por un malvado cazador». Más de una vez hemos visto al pequeño apresurarse a dar vuelta la página o esconderla con su mano.

El niño, espontáneamente, se toma el derecho a la interpretación. Interpretaciones tan numerosas, tan únicas, tan personales como cada lectura, tal como lo evoca, en su bello libro *Bibliothérapie*, Marc-Alain Ouaknin, filósofo, rabino y, en cuanto tal, experto en lecturas talmúdicas. Su riquísima concepción de la lectura corresponde, absolutamente, a la lectura tal como los más pequeños la viven de manera espontánea.

Mediante estas experiencias profundamente personales, esas lecturas, el niño se construye. Con el cuento, ese relato estructurado, ordenado, pone orden y claridad en el mundo confuso que descubre. De hecho, el pequeño está siempre en las canciones, en los juegos de dedos: «este dedito encontró un huevito/ Este lo echó a cocer/ Este le echó la sal...». Ya hay una historia allí. Su mano es su primer libro.

Así, desde muy temprano, el niño es sensible a la historia. Emilia Ferreiro, y con ella René Diatkine, concluyen de sus investigaciones que, antes de los

cinco años, todos los niños tienen una misma apatía, un mismo interés por las historias y los libros, cualquiera que sea su medio social. Sólo más tarde se revelan las desigualdades. He allí por qué es tan importante que, en las bibliotecas y otros lugares, todos los niños puedan encontrar las condiciones y los acompañamientos necesarios para beneficiarse de un encuentro feliz con los libros y las historias, libre de todo control y obsesión por la rentabilidad, para que puedan amar la lectura, fuente de riqueza interior.

Ante la fascinación de los niños, su entusiasmo, gracias a la calidad de los libros escogidos, los padres se dejan llevar por el placer de la lectura. Para algunos de ellos es una oportunidad de descubrir un nuevo rostro de la lectura. Esto puede, incluso, como ya se ha visto aquí o allá, provocar en ciertos adultos una demanda de aprendizaje o de reaprendizaje. Para todos, puede ser la ocasión de un enriquecimiento de las relaciones entre niños y adultos que, alrededor de una lectura, comparten una misma experiencia y se encuentran mucho más allá de lo utilitario.

A este propósito, me gustaría contarles una experiencia que se desarrolló hace algunos años en Nueva York. En los Estados Unidos, y no sólo allí, es cada vez mayor el porcentaje de chicas muy jóvenes que se embarazan: muchas de ellas, sintiéndose mal preparadas para asumir su papel de madre, caen en ciertos estados de angustia. Uno de los anexos de la Biblioteca Pública de Nueva York, cercano a un servicio hospitalario que recibe a esas jóvenes, tuvo la idea de invitarlas a frecuentar esa biblioteca para que pudieran participar en los encuentros a los que asisten habitualmente las madres jóvenes con sus bebés y las asistentes de maternidad para descubrir, en comunidad, los libros. Primera reacción: rechazo, «¿qué hacer en una biblioteca con bebés, con niños pequeños?» Pero muy pronto se sumaron al juego, descubriendo hasta qué punto podía ser interesante vivir con un bebé, compartir sus emociones ante la lectura de una imagen, de un álbum al que da vuelta las hojas, descubrir sus fascinaciones, su sensibilidad, su deseo de nombrar, de conocer el mundo. Todo esto deja adivinar

el placer de asistir a los adelantos de los pequeños y de vivir juntos.

Para nosotros, adultos, esas lecturas compartidas con los pequeños, cuando se trata de obras de calidad, son bellas experiencias. Hacen resurgir en nosotros nuestros sentimientos de infancia, que nuestras preocupaciones de adultos habían ocultado.

Por la gracia de obras de artistas que han sabido guardar en ellos un espíritu de infancia, el recuerdo de su infancia; por la gracia de esas lecturas compartidas, vividas juntos, los adultos asisten a la emoción gozosa de sus pequeños, descubren la calidad de dicha emoción. En cuanto a los niños, qué seguros se sienten de vivir con un adulto, o un grande, esas alegrías emocionantes, qué orgullo de concitar la atención de esa gente a menudo tan apurada y de sentirse comprendido. Es, en efecto, un verdadero sufrimiento para los niños que viven sus emociones con intensidad el recibir, en respuesta a su desconcierto, sus penas, sus alegrías o sus descubrimientos, la expresión de la indiferencia de los adultos: «no es grave» o «es así porque es así».

El libro, la historia, actúan como un revelador. A través de sus emociones, sus gustos y sus rechazos, descubrimos la riqueza de su personalidad, la amplitud de su inteligencia jovencísima y algo de su misterio. ¡Cuán interesante se vuelve la vida con ellos, ya sea en familia, en la biblioteca o en la escuela! Es muy bueno escuchar a los padres contarnos cómo, gracias a tales experiencias, desarrollan una mirada nueva sobre sus niños.

Este encuentro es, a la vez, precioso y lúdico, porque pasa por el tamiz de una historia, la historia de otro que les interesa porque, en lo esencial, lo reconoce «como un hermano». Porque es, sin embargo, diferente, va a poder tomar distancia respecto de esa realidad, para conocerla, dominarla, jugar con ella, amparado en sus lecturas y relecturas, como con un cubo de su juego de construcción que da vueltas una y otra vez para conocer todas sus facetas, con la salvedad que el cubo sigue siendo un simple objeto mientras que la lectura remite a la interioridad.

Así, desde que los pequeños han encontrado su lugar en las bibliotecas, nos enseñan muchas cosas tanto a nosotros como a sus padres sobre la lectura, sobre lo que representa para ellos.

Una paradoja más: son los pequeños quienes llevan a sus padres a la biblioteca, padres a los que, durante tanto tiempo, como en la escuela, les estaba vedada la entrada, so pretexto de que la biblioteca sería el ámbito exclusivo de los niños... y de los bibliotecarios. En la actualidad, muy por el contrario, las bibliotecas, sobre todo cuando se encuentran en barrios en dificultad, se esfuerzan por hacer descubrir a los padres el interés que representa leer libros. Parece esencial que quienes viven con ellos, sus más cercanos, «sus primeros educadores» puedan vivir cotidianamente si es posible el placer del libro, del relato compartido en la intimidad del hogar. Así, historia y lectura adquieren esa dimensión afectiva, conocida y familiar que les da todo su sabor.

Sí, son verdaderamente los pequeños quienes hicieron avanzar las bibliotecas. Lo mismo que aquellos que se interesan y preocupan por su devenir. En Francia pertenecen, a menudo, al mundo de la salud mental, médicos, sicoanalistas, psiquiatras infantiles. Nuestra profesión debe mucho a René Diatkine, reconocido sicoanalista, en la línea de Winnicott, así como a la asociación ACCES que creó junto a otros sicoanalistas, convencidos de la importancia que los niños tengan acceso, desde muy pequeños, al mundo del relato, de la lengua y de lo escrito. ACCES reúne por igual a investigadores y a practicantes, como los bibliotecarios, por ejemplo. René Diatkine se ha interesado, particularmente, en la experiencia de las muy escasas bibliotecas que trabajan en barrios socialmente difíciles y han tomado la opción de «sacar» la biblioteca fuera de sus muros.

Una de las iniciativas de esta asociación es, en efecto, poner libros de verdadera calidad en lugares diversos, allí donde no se los espera, en el camino de los bebés, de los más pequeños, pero también de los padres, de las puericultoras y, en general, de los pro-

fesionales de la primera infancia. Así, en las salas de espera de los Centros de Protección Maternal e Infantil (PMI), allí donde las madres deben concurrir regularmente para la salud de sus pequeños, estas descubren con sorpresa los álbumes y el interés, hasta ese momento insospechado, que pueden despertar en sus niños. A veces, las animadoras muestran álbumes a los bebés, a los más pequeños, en presencia de sus madres, quienes comprueban así cómo se maravillan sus niños y encuentran, en esos álbumes de calidad, un verdadero interés para ellas mismas. Aquí, nuevamente, no se trata en absoluto de controlar la lectura, de verificar si el niño comprendió bien. Todo reside en el placer gratuito y es esencial.

Sacar los libros de la biblioteca a la calle es alivianar para unos y otros, bibliotecarios, niños y familias, el peso de las instituciones. Es tomar la iniciativa ante aquellos que, por múltiples razones, se sienten excluidos de nuestras bibliotecas y de otros lugares culturales. Desde hace unos veinte años, todos los miércoles por las mañanas nos ponemos con nuestros canastos de libros en una barriada calificada como «de tránsito», actualmente en vías de demolición, lo que no hace sino aumentar el desamparo de quienes allí residen. Le otorgamos importancia a la sencillez de este gesto: instalarse afuera, a la vista de todos, con algunos canastos, en los cuales ponemos los libros más bellos, los más emocionantes, los más divertidos. Se trata de libros de verdadera calidad y que sabemos que gustan mucho a los niños, son libros muchas veces caros, como álbumes grandes y bellos, con fotos sobre sus países de origen y que estarán orgullosos de llevar a sus casas, como prueba de la confianza que se deposita en ellos. Contrariamente a los prejuicios, la calidad no es generalmente de más difícil acceso que la mediocridad —en todo caso, es mucho más atractiva ¿y no estamos allí nosotros para acompañar esos descubrimientos, facilitarlos? Para esos niños se trata, a menudo, de un primer descubrimiento, una experiencia aún infrecuente. Es, pues, importante ponerlos inmediatamente en contacto con lo que los puede

hacer vibrar, emocionarlos, ¿si no, para qué hacer el esfuerzo de leer? «No he visto nunca algo tan bello», musitaba un pequeño gitano que descubría conmigo un álbum japonés.

Llevamos unos cincuenta libros, con eso basta. Así esta «biblioteca» puede instalarse enseguida. Lo esencial es sentarse con los niños, descubrir con ellos los libros, contar; algunos se sientan aparte: quieren leer solos, otros nos proponen «lees una página tú y una yo». Todo se vive de manera natural, agradable. Algunos más grandes, a veces, se detienen un rato, echan una mirada, como si la cosa no fuera con ellos, porque no hay que mostrarse junto a los más chicos. Los padres pasan o miran desde lo alto de sus ventanas: «vaya, nuestros niños parecen interesarse en los libros». Es un verdadero placer. A diferencia de nuestra «biblioteca entre cuatro muros», no hemos tenido nunca el más mínimo problema de disciplina, la más mínima señal de violencia o de agresividad. Prestamos los libros. Ese préstamo permite al niño establecer un vínculo entre lo que vive con nosotros (hay que ver con qué impaciencia esperan nuestra venida) y lo que podrá revivir cuantas veces lo desee, solo o en familia. Puede mostrar que le tenemos confianza; confianza en su capacidad de leer, de interesarse y cuidar el libro. Se trata de gestos sencillos que tienen la fuerza de los símbolos.

Lo que aprecio, igual que los niños, es vivir esos momentos con muy pocos medios, o más exactamente con lo esencial, sin complicarse con cosas inútiles. Hablaba al comienzo de las bibliotecas que hoy en día aparecen a menudo demasiado llenas de cosas: demasiadas máquinas, demasiados documentos, demasiadas animaciones complicadas. Todo eso absorbe nuestra atención, nuestra energía, nuestro tiempo y nos suele impedir el encuentro con los niños. Visité, recientemente, una biblioteca perfecta en un país nórdico: arquitectura magnífica, colecciones abundantes, ordenadores por todas partes, lectores de CDroms, Internet y lo demás, un personal competente y muy organizado. En esas condiciones, ¿qué más se puede



desear? La respuesta da que pensar: «las máquinas no nos dejan nada de tiempo para entrar en contacto con los libros, ni para comunicarnos con los lectores, para ayudarlos a orientarse». Por otra parte, los presupuestos necesarios para mantener tales bibliotecas obligan a cerrar los anexos de barrio, como sucede en Alemania y en otros países europeos...

En nuestra biblioteca a cielo abierto no tenemos máquinas que se averíen o que haya que alimentar. Nada que controlar. No tenemos fichero ni catálogo. Tenemos sólo lo esencial: la alegría de los verdaderos encuentros. Con poco, uno se adapta fácilmente. Si el tiempo se echa a perder, nos ponemos a hacer «puerta a puerta» y es una manera de entrar en contacto con las familias. Niños y padres son siempre cordialmente invitados a frecuentar la biblioteca grande y sus colecciones más vastas: la biblioteca fuera de los muros es así una sucursal de la biblioteca principal. Se narra mucho en las bibliotecas y fuera de ellas. Uno debería, de hecho, pasar su tiempo contando, presentando libros, historias, hablando de ideas, planteándose preguntas. Ese es nuestro oficio. Es lo que permite abrirles el apetito a los niños. A cualquier edad, nos encanta escuchar historias: padres, niños, pequeños o grandes; basta con que alguien cuente una historia, de improviso, en medio de una simple conversación, y bruscamente algo cambia en la atención, en la escucha. Contar, proponer lecturas, aconsejar, supone que conozcamos bien los libros y las historias, que tengamos la inquietud, la audacia de elegir, de darse el tiempo de poner en valor aquello que vale la pena de ser conocido, apreciado y que los niños seguramente no descubrirían solos. Esto significa que no hay que ahogar al niño en colecciones demasiado abundantes, sin referencias y sin relieve. Y sin embargo, nuestras bibliotecas como nuestras sociedades sufren de la abundancia, de poseer colecciones demasiado grandes y que, por lo tanto, no podemos administrar. Los pequeños tienen, sin duda, necesidad de diversidad, pero no de cantidad. Ayudémoslos más bien a ubicarse y a encontrar aquellos

que los van a encantar en vez de dejarlos ahogarse en las aguas de unas colecciones editoriales pletóricas. A los niños no les interesa la novedad por la novedad. Algunos bibliotecarios, ávidos de seguir a la carrera el ritmo de las publicaciones, seleccionan y ponen en el mismo plano obras no del todo convincentes. Olvidan que entre los clásicos hay tesoros, joyas. Sin duda, en este aspecto hay que tomarse también el tiempo de releerlas para asegurarse que permanecen jóvenes: sería tan lamentable que los niños no conocieran esas obras únicas, fuertes y, en cierta medida, irremplazables. Este es el sentido de nuestro deber de transmisión. Algunas de nuestras bibliotecas hacen pensar en esos cuartos de niños llenos de juguetes. El niño, entonces, no puede encariñarse con su oso, su muñeca o su tren, porque tiene demasiados. Va, pues, a distraer su atención sin darse la posibilidad de encariñarse, de querer, de soñar, de imaginar. Todo permanece así en la superficie del tener.

A veces sueño con encontrarme en la situación de un amigo, militante social transformado en bibliotecario, en uno de esos barrios muy difíciles como los hay en las afueras de las metrópolis latinoamericanas. Él cuenta cómo nació su biblioteca. Comenzó con lo que tenía a mano: dos libros para dos niños y luego, poco a poco, fueron llegando otros niños; entonces fue paulatinamente comprando más libros. Ahora es una verdadera biblioteca. Sin llegar a soluciones tan extremas (en un comienzo, él no era bibliotecario y no hacía sino responder a demandas ocasionales), es bueno recordar que pertenece a nuestro oficio de bibliotecarios para niños el atreverse a elegir, tener un conocimiento muy real, a la vez, de los niños y de los libros que les proponemos, poder conversar con ellos sobre esos libros. Con demasiados libros, nos agitamos febrilmente; pasamos nuestro tiempo catalogando, ordenando, administrando. No tenemos tiempo de leer, de escuchar, de relacionar, de preparar encuentros, de acompañar discretamente a los niños en sus descubrimientos, de alentar su deseo de aprender.

Los bibliotecarios de una sección infantil desempeñan un papel, sin duda discreto, pero esencial. Están allí para sostener los inicios de la lectura, haciendo surgir preguntas, intereses, deseos, dando a conocer obras que valen la pena, destacándolas de una manera u otra. Es lo que ocurre con el número reducido de libros de la biblioteca al aire libre como lo decía antes: los niños hurguean libremente en los canastos, «prueban» los libros, como se prueba una prenda de ropa o un plato, va a descubrir tal o cual libro, tal o cual tema que despierta su interés. Entonces deciden venir a la «biblioteca grande», para saber más de aquellos temas y libros. Y llegan con un proyecto, unas expectativas, a diferencia de esos niños ociosos y solos que están en la biblioteca todos los días y se aburren. Ellos saben, a partir de ese momento, lo que puede ser una biblioteca y que pueden encontrar un lugar en ella. Se saben conocidos —se los conoce por sus nombres y reconocidos por lo que son y aquello que les puede interesar.

Con Internet la cuestión de la elección, o más exactamente del proyecto se plantea con mayor intensidad. Para hacer un buen uso de la red, hay que saber con precisión lo que se busca, tener un proyecto, un tema que nos atrapa y nos interesa personalmente; si no, cliqueamos, hacemos *zapping* y ya está. Es fácil perderse cuando hay mucho y entonces nos desalentamos o nos desinteresamos. La introducción de esos nuevos soportes de información, tanto en la escuela como en la biblioteca, debería hacer más necesaria que nunca la presencia de adultos disponibles, despertadores de la curiosidad. De lo contrario, los niños pueden muy fácilmente perderse en ese océano de informaciones.

Para provocar esas curiosidades y responder a ellas, la biblioteca debe disponer de una red de «personas y organismos recurso». El bibliotecario no puede responder a todo y su tarea es la de poner en relación, invitar, llegado el caso, a una persona que acepta compartir con los niños un saber, una destreza, una mirada, una sensibilidad. «Vamos a conocer un verdadero sabio, un verdadero artista» dicen los niños,

encantados de que se le conceda tal interés a su curiosidad. Esas personas que tienen una destreza real y un verdadero saber y aceptan encontrarse con los niños, saben, por lo general, tomar en cuenta sus preguntas, incluso si son aparentemente anodinas, y mostrar su importancia: muestran cómo llevan a otras preguntas, a otras interrogaciones y pueden vincularse con otros ámbitos. Es así como se valoriza y alienta sus curiosidades.

La palabra de los niños es escuchada, o debería serlo. Es, en efecto, una de las escasas obligaciones que tenemos. Comprendemos por qué en situaciones de exclusión, esta «casa» es portadora de esperanza. Pues se trata para muchos de ellos de un segundo hogar, en el que cada uno debe encontrar su lugar. Y allí interviene la idea esencial de participación responsable de los niños. Hay que luchar contra una organización burocrática que hace que el niño venga como consumidor y no como sujeto. Debe poder participar en la vida de la biblioteca, tiene su lugar en ella. Esto hace de la biblioteca un lugar único y particularmente importante en un mundo en el que todo nos sobrepasa y no deja mucho lugar a la persona. Aquí, le es posible actuar sobre su entorno inmediato y asegurar así su equilibrio. Esta característica corresponde exactamente a lo que puede ser un lugar de libros y de lectura, pues este reposa sobre la idea de elección personal, de confianza, de iniciativa, de experiencias, a la vez personales y susceptibles de ser compartidas. Es difícil acceder a una lectura verdadera y por lo tanto personal si se es humillado, demasiado frágil, si uno no se siente reconocido, si no se es sujeto.

Estas son las razones por las cuales muchas personas que reclaman por mayor justicia eligen ser bibliotecarios. Están convencidas de que la biblioteca, por el lugar que le confiere a la persona, puede ser una herramienta privilegiada para dar confianza a aquellos que nuestras sociedades excluyen, para que esas «mayorías silenciosas» puedan acceder al saber, pero también apropiarse de un lugar de cultura, donde su palabra es esperada y escuchada a través de todo

tipo de encuentros, gracias a lecturas y experiencias controladas.

¿Será entonces la biblioteca un lugar diferente? Un detalle me llamó la atención en algunas bibliotecas de barrios particularmente pobres, en donde todo no es sino desorden, barro, suciedad, desamparo, precariedad. Pienso, en particular, en la biblioteca de un barrio marginal de Nueva York y en otra, en una barriada particularmente deprimida de Caracas. En ambos casos lo que me sorprendió fue el orden, un orden impecable al que los responsables confieren una importancia que no tiene nada de manía. Para ellos es, en primer lugar, una muestra de respeto hacia públicos considerados, tan a menudo, como «sin importancia». La biblioteca debe ser bella y armoniosa. Es también la necesidad de proponer señas claras en un mundo de confusión y de caos. En la misma óptica y siguiendo los consejos de Joseph Wresinski, fundador de ATD Quart-Monde, hemos otorgado siempre la máxima importancia a la regularidad de nuestras bibliotecas de calle. Aquí también es una manera de respetar esos públicos olvidados.

Así, algunas de las propuestas de la biblioteca parecen ir, en cierta medida, a contracorriente de lo que imponen nuestras sociedades de consumo. El silencio está a menudo completamente ausente de la vida de los niños; para muchos evoca deber y soledad. Y sin embargo, la lectura necesita cierto silencio y una capacidad de estar solo consigo mismo. ¿Por qué no ayudar a los niños a enfrentar una forma de silencio? Es bastante duro regresar después de clases a una casa vacía y resistir las ganas de encender inmediatamente la televisión o precipitarse al computador. Duro también, después de un momento feliz de lectura compartida con otros, es regresar a la soledad. No es irrealista el disponer, como en la biblioteca de Clamart antiguamente, junto a las salas de préstamo y su rumor completamente normal, un espacio en el que los lectores pueden venir a instalarse en asientos confortables para leer en silencio, pero no en soledad.

En Japón, el país que se supone es el de la competencia, del estrés, de la rentabilidad a todo precio, el país en donde todo va demasiado rápido, las pequeñas bibliotecas infantiles, las *bunko*, creadas al final de la guerra para suplir las carencias de las bibliotecas públicas, van también, felizmente, a contracorriente. Los particulares, casi siempre madres de familia, abren a los niños del vecindario, a pesar de que sus casas son pequeñas, la sala de estar que se transforma en biblioteca. En general, los sábados por la tarde, en un ambiente relajado, libre, los niños pueden disfrutar del placer de leer, escuchar historias, pedir libros prestados. Encuentran el sustituto de una vida familiar. No hay deberes, preparación de exámenes, evaluación de los conocimientos. Se viene acá por el placer gratuito de descubrir libros. En un ambiente de intercambios como ese, de emociones compartidas, se hacen amigos, en circunstancias que para la mayoría de los niños japoneses es algo difícil: incluso desde muy niño hay que estudiar mucho y las casas son tan pequeñas que no es habitual que los niños se inviten mutuamente. Aquí los encuentros tienen un sabor particular porque se hacen en torno a los libros y de las historias, muy lejos de lo utilitario, pero alrededor de algo íntimo, esencial, bello, esa belleza de la que no podemos prescindir, sobre todo si vivimos en un mundo duro.

El arte y los artistas tienen, por supuesto, su lugar en el mundo de las bibliotecas infantiles. Lo que he podido ver en este ámbito en Brasil, en barrios particularmente difíciles, me ha convencido. Así, en una biblioteca de Rio, los bibliotecarios son artistas y le confieren a estos lugares una atmósfera alegre y extraña, a la vez seria y ligera, allí en donde, por lo general, los deseos «pedagógicos» complican mucho las propuestas que se les hacen a los niños.

Esto me recuerda otra experiencia que viví en ese mismo país en donde hay, como en muchas metrópolis de esta región del mundo, el enorme problema de los niños de las calles, completamente asociales, que rechazan toda forma de escuela. El único aprendizaje susceptible de movilizarlos es artístico. Me acuerdo de

los días pasados en Salvador de Bahía con un ex niño de la calle, muy dotado para la música, la danza y, especialmente, la capoeira. Salido de la calle y de la infancia, se dedicaba a ayudar a los que aún permanecían en esa condición. Pude asistir a una tarde que había organizado en una barriada muy marginal. Toda esa tarde había estado dedicada a aprender a construir, con los restos de viejos neumáticos, instrumentos de música para acompañar la capoeira. Rara vez he asistido a una clase tan concentrada, tan preocupada de aprender, tan aplicada y sin embargo esos niños eran numerosos. Se podría multiplicar estos ejemplos en Brasil y en otras partes. Así, estos jóvenes, completamente al margen de la sociedad, estaban dispuestos a aceptar una disciplina por el placer del arte. Nadie duda que, en condiciones semejantes, estos jóvenes habrían estado dispuestos a descubrir textos literarios de verdadera calidad y leídos con sensibilidad.

Así, aquellos que son marginados, excluidos, ignorados, pueden ayudarnos a salir de nuestras rutinas, a abrir nuevos caminos en nuestras prácticas y reflexiones, a revisar nuestras ideas preconcebidas sobre lo que pueden ser sus intereses, a condición que el deseo de ir hacia ellos nos mueva. Para ello es necesario un proyecto claro y fuerte como algunos bibliotecarios, obviamente, pero también esos militantes sociales, esos profesionales de la salud mental de los que hablaba al comienzo, cuyas opciones son comunes y que conocen la importancia para todos de la experiencia cultural y literaria en particular. Una paradoja más es que, con frecuencia, son personas externas a nuestro oficio las que nos comunican una imagen positiva, nueva y esperanzadora. Esos militantes de la lectura, ambiciosos para sus públicos, a la vez atentos a lo que se vive modestamente en el plano cotidiano y animados por un proyecto fuerte son, a menudo, grandes lectores ellos mismos, convencidos de la extraordinaria riqueza de la lectura. Porque lecturas y bibliotecas en su diversidad proponen caminos múltiples, son susceptibles de actuar como palancas de cambio abriendo perspectivas nuevas y liberadoras.

¿En qué consiste, finalmente, lo esencial de nuestro oficio de bibliotecario —se ejerza ya en una escuela o en una biblioteca pública— si no es provocar encuentros? Esos encuentros orientan o reorientan una vida. La biblioteca es verdaderamente el lugar de todo lo posible porque es el lugar de encuentros con personas, lecturas, ideas, experiencias y saberes tan variados como los libros en las estanterías. ¡Qué responsabilidad! Sin duda, el mundo al interior de nuestros muros no es un mundo cerrado. Pero puesto que hacemos propuestas, el niño tiene todo el derecho de creer que sabemos lo que hacemos. Nosotros proponemos: él es libre de aceptar o rechazar.

Entonces, ¿qué lecturas proponer? En este punto convergen investigadores, practicantes, militantes de la lectura o de asociaciones diversas, todos guiados por la necesidad de actuar contra las injusticias. Pienso, fundamentalmente, en quienes operan en el terreno y se dan los medios de observar de manera precisa, minuciosa, científica, las prácticas de lectura de los niños, los jóvenes y las familias que viven en situaciones de exclusión social o escolar. Todas ellas contradicen los prejuicios sobre los gustos o los «no gustos» literarios de aquellos que, en razón de su medio social o sus dificultades psicológicas, arriesgan ser clasificados para siempre en la categoría, ya sea de los que son condenados a quedarse atrás, ya sea de aquellos que, aunque lean, no podrán nunca tener acceso a una literatura digna de este nombre.

Así, el estudio de la antropóloga Michèle Petit sobre las lecturas de los jóvenes magrebinos que frecuentan una biblioteca de las afueras de París, revela las exigencias de buena parte de esos jóvenes en sus preferencias de lectura, en su manera de leer; cómo ciertas lecturas les cambiaron la vida, les permitieron imaginar un futuro distinto al que todo parecía imponerles. Entre los numerosos ejemplos, todos convincentes y sorprendentes a la vez, cita el de esa «joven turca que vive en un barrio pobre de una ciudad francesa, a quien la lectura de *El discurso del método* le dio la idea que una argumentación bien



elaborada podía ayudarla a rechazar un matrimonio obligado». Esto echa por tierra la idea demasiado extendida de que los libros tendrían una acción casi automática (esto es una concepción estrecha de la biblioterapia), inmediata y previsible. De allí la moda de las novelas sobre los problemas de sociedad, droga, violencia, incesto que se acumulan en numerosas estanterías de nuestras bibliotecas y son a menudo rechazadas por aquellos mismos a los que se supone que se dirigen. Sus autores y sus propagandistas olvidan, con sus ideas generales sobre la adolescencia, que esos libros-espejo a veces encierran en vez de abrir, y que frecuentemente, prisioneros de los estereotipos, expresan, a pesar de ellos, una forma de incompreensión de la experiencia a la vez personal y universal. Olvidan también que la verdadera obra literaria, en su ambigüedad, deja al lector la tarea de inventar sus caminos. Los más pequeños, lo hemos observado, lo presienten intuitivamente. Conocen el placer y la necesidad de reencontrarse, Michèle Petit lo recuerda: «Tenemos necesidad de lo lejano. Cuando vivimos en un universo confinado, esas fugas pueden incluso ser vitales».

Las experiencias y reflexiones de Serge Boimare concuerdan totalmente con las de Michèle Petit. Educador especializado, sicólogo, enseña a preadolescentes que rechazan con violencia todo aprendizaje y en particular el de la lectura. Su libro, de reciente aparición, *El niño y el miedo a aprender*, nos obliga, como el de Michèle Petit, a revisar nuestros prejuicios sobre los posibles o imposibles itinerarios de esos jóvenes condenados, habitualmente, a permanecer al margen de experiencias literarias auténticas. Su trabajo muestra, para sorpresa de todos, que el descubrimiento de obras catalogadas entre los grandes libros de nuestro patrimonio literario, la *Biblia*, Julio Verne, la *Odisea*, los grandes mitos clásicos, los cuentos de Grimm, pueden ser para ellos una verdadera experiencia de orden cultural. En las antípodas de esas obras fuertes, se encuentran esos

textos apagados, indigentes, escritos «para lectores en dificultad» que, para Serge Boimare, son pura y simplemente, «un llamado al crimen». Mientras más en dificultad se encuentran los niños, más les gustan los textos fuertes, coloridos, más los necesitan, aun si en un primer momento temen ese encuentro. A diferencia de los temas de actualidad, esos paseos por la metáfora, por lo literario, esos paseos por textos organizados y universales pueden permitirles pensar mejor, gracias a esas representaciones, esas imágenes dichas con verdadero arte y ofrecidas con la distancia necesaria. Los más pequeños lo descubren espontáneamente, nos acordamos de ello.

Sin duda, el trabajo de un educador como Boimare es excepcional, la importancia de las dificultades de los alumnos a los que se enfrenta, también; así como su formación y sobre todo su paciencia: los cambios que provoca necesitan tiempo. Además, no hay resultados visibles y muchos fracasos aparentes. Es difícil no desalentarse. ¿Se trata de un trabajo reservado sólo a los psicólogos? No, para él, «la mediación cultural, ya sea literaria, científica o artística (...) debe poder desempeñar su papel. Debe poder permitir dar una forma negociable por el pensamiento a las inquietudes que le impiden desarrollarse».

Allí reside nuestro verdadero trabajo de bibliotecarios, como el del *passeur*. Las miradas sobre la lectura, sobre nuestro oficio, que tienen esos investigadores y practicantes que acabo de mencionar, pueden ayudarnos gracias a algunos de sus métodos. Siguiendo su ejemplo y para escapar de las generalizaciones perezosas, tenemos que tomarnos el tiempo para escuchar lo que los niños nos dicen a veces de manera implícita, indirecta; el tiempo de observar con minuciosidad y simpatía sus maneras de leer, sus elecciones y sus rechazos, sus comportamientos; el tiempo de anotarlos para poder reflexionar con otros, en equipo es esencial y si es posible con profesionales de otros horizontes. Se trata de métodos científicos de trabajo que han sido practicados siempre por ATD Quart Monde, ACCES y otros militantes, como ellos, interesados en escuchar

a las poblaciones mal conocidas u olvidadas. Tengo el recuerdo de las sesiones animadas en otra época por René Diatkine. Todos los meses nos dedicaba tiempo para escuchar las experiencias de lectura compartidas con los niños. A partir de esas observaciones minuciosas, nos proponía algunas síntesis luminosas y sutiles y daba así una luz nueva a nuestras tareas cotidianas, lo que las volvía apasionantes y despertaba en nosotros el deseo de ir más allá. Este trabajo se sigue haciendo regularmente con Marie Bonnafé y otros y le confiere a las reflexiones de ACCES una gran credibilidad. Reúne, en una reflexión compartida a profesionales de la salud, investigadores, docentes, bibliotecarios, etc.; se trata de una reflexión muy abierta que da origen a un discurso que puede ser comprendido por todos y no únicamente por los expertos; un discurso profundamente humano que escapa a los eternos debates demasiado técnicos y al pensamiento convencional.

Ser *passeur* significa tener la inquietud por transmitir, por hacer descubrir lo mejor de nuestro patrimonio pasado y presente. A este respecto, las observaciones de Boimare y Petit, aclarándonos sobre las lecturas de aquellos que son catalogados como no lectores y de aquellos lectores en dificultad, no pueden sino alentarnos a ser muy exigentes en nuestras decisiones. A la luz de lo que nos dicen, tomémonos el tiempo de leer o releer esas obras que abren horizontes, Julio Verne, Jack London, que plantean las preguntas universales a través de los grandes mitos antiguos, las cosmogonías. Tomémonos el tiempo de redescubrir personalmente obras que han sido, a menudo, enterradas en base a un malentendido, porque son llamadas clásicas, en circunstancias que es justamente porque no están estrechamente ligadas a la moral de una época que han conservado su fuerza. Esto nos ayudará a escoger con discernimiento las obras actuales, aquellas que es imposible dejar de lado o ignorar.

Estas obras, por su tamaño o su estatuto, intimidan a los bibliotecarios y aún más a los niños. Allí interviene la animación, un concepto que es fuente de tantos malos entendidos. La animación no se reduce, como ocurre tan a menudo hoy en día, a animaciones

de espectáculos, costosas y que privilegian, a su manera, lo mediático. Sin duda, las fiestas que convocan ampliamente son necesarias en un lugar que debe ser cálido, proponiendo una vida comunitaria muy particular; pero no deben hacer olvidar lo importante: ayudar a los niños a orientarse, a conocer sus propios gustos, a cederles la palabra para que aprendan el placer del intercambio. A nosotros nos corresponde poner en valor hablando de ellos, presentándolos, libros que no descubrirían solos. El grupo pequeño, el cara a cara, son modos de relación preciosos y, finalmente, escasos para los niños. Corresponden bien a esas conversaciones informales que nacen alrededor de las lecturas. Boimare, por su oficio de sicólogo, favorece los diálogos personales que, puesto que tienen lugar siempre en presencia del libro, no tienen carácter intrusivo o indiscreto. Hemos tenido la misma experiencia en la biblioteca. Para mí, esos diálogos en confianza son una de las mejores maneras de dar vida a la biblioteca.

La oralidad, con el cuento fundamentalmente, ha tomado un lugar preeminente en las bibliotecas y es una buena noticia: esta relación con el relato, a la edad que sea, es única. Está también el placer de la lectura en voz alta, esa lectura sensible y sensual que «da calor a las palabras», como decía Rabelais. Para el que lee y para el que escucha puede ser un verdadero placer, que permite comprobar la juventud de los textos propuestos a los públicos de hoy. En la huella de Boimare, sepamos guiar a los niños para hacerlos viajar a «veinte mil leguas submarinas», o «al centro de la tierra», o aun atravesar las tierras salvajes del Norte Grande. Para nosotros también será un gran placer.

Con estas pocas reflexiones, aparentemente paradójicas, he intentado transmitirles lo que he recibido tanto de los más jóvenes lectores como de los investigadores más experimentados. Unos y otros nos envían una imagen entusiasta de la lectura y de nuestro oficio. Es un trabajo ciertamente más exigente que las tareas biblioteconómicas habituales, pero cuánto más interesante. Serge Boimare, a propósito de uno de aquellos niños que tienen miedo de

aprender, habla de la congelación del pensamiento. Me parece que si vivimos nuestro oficio de bibliotecarios de manera renovada, centrados en esos niños clasificados muy rápido como minusválidos de la lectura y que nos obligan a ponernos en cuestión permanentemente, deberíamos escapar a ese verdadero *handicap*: la congelación del pensamiento.

## Colección Pensamiento

*La ciencia jovial («la gaya scienza»)*

FRIEDRICH NIETZSCHE

(TRADUCCIÓN DE JOSÉ JARA)

*La belleza de pensar*

EDUARDO ANGUITA

*Conversaciones con Enrique Lihn*

PEDRO LASTRA

*Naturaleza muerta*

VICENTE SERRANO

*El juego de ajedrez*

BRAULIO ARENAS

*Lucidez del abismo*

PIERRE JACOMET

*La palabra inicial*

HUGO MUJICA

*Conversaciones con Sergio Meier*

CARLOS LLORÓ

*Reflexiones con Jacques Rancière*

(EDICIÓN DE PATRICIA GONZÁLEZ

Y GUSTAVO CELEDÓN)

*La otra cara de Dios*

HERVÉ CLERC

*Pasión de enseñar*

GABRIELA MISTRAL

*Democracia*

AGUSTÍN SQUELLA

*Desobediencia*

AGUSTÍN SQUELLA

*La transparencia de las ventanas*

MACARENA GARCÍA MOGGIA

*Vestigios luminosos*

GUSTAF SOBIN

*Café Invierno*

LUIS ANDRÉS FIGUEROA

### Cartografías

*Nicanor Parra o el arte de la demolición*

NIALL BINNS

### Manifiestos

*El Estado y la educación nacional*

VALENTÍN LETELIER

*Igualdad*

AGUSTÍN SQUELLA

*Todas las verdades se tocan*

ANDRÉS BELLO

*Biblioteca y vida*

GENEVIÈVE PATTE

*Política y pasiones*

CHANTAL MOUFFE

*Héroes lectores*

SERGE BOIMARE

*Libertad*

AGUSTÍN SQUELLA

*Autopoiesis*

FRANCISCO VARELA

*Verdad y mentira*

FRIEDRICH NIETZSCHE

(EDICIÓN Y TRADUCCIÓN DE JOSÉ JARA)

*Fraternidad*

AGUSTÍN SQUELLA

*Derechos humanos*

AGUSTÍN SQUELLA

*Dignidad*

AGUSTÍN SQUELLA

*Justicia*

AGUSTÍN SQUELLA

### Puerto de Ideas

*La musa de la imposibilidad*

ALBERTO MANGUEL

*Paisaje, patrimonio cultural, tutela:*

*Una historia italiana*

SALVATORE SETTIS

*La pasión y la condena*

JUAN VILLORO

*El espejo vacío*

FERDINANDO SCIANNA

*De memoria*

PEDRO GANDOLFO

*Redefinir lo humano:*

*Las humanidades en el siglo XXI*

ADRIANA VALDÉS

*Una escuela para la vida*

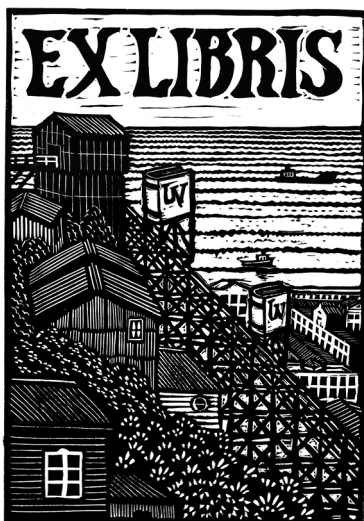
NUCCIO ORDINE

*La explotación mercantil del pasado*

LUC BOLTANSKI Y ARNAUD ESQUERRE

*Retrato de una mirada*

DANIEL MORDZINSKI



Desde el puerto de Valparaíso, zarpan estos libros editados por la Universidad de Valparaíso, como gesto esencial de su misión de Universidad Pública. Encuadernados con costura a la vista, como homenaje y rescate del noble oficio de hacer libros. Y estos libros navegan a lo abierto, horizonte de toda poesía y pensamiento.





## C O L O F Ó N

Este libro ha sido publicado por la Editorial UV de la Universidad de Valparaíso. Fue impreso en los talleres de Ograma Impresores. En el interior se utilizó la fuente Dante MT—en sus variantes light, light italic y regular— sobre papel bond ahuesado 80 gramos. La portada fue impresa en papel Nettuno hilado de 215 gramos. La encuadernación usada es con costura a la vista y se utilizó hilo de color verde. El grabado de la última página fue realizado por Cristián Olivos.

La versión impresa acabose  
el día veintiséis de octubre  
de dos mil quince.

Esta versión digital  
—gratuita— fue  
creada y difundida  
el veintitrés de  
abril de 2024.





UNIVERSIDAD DE  
VALPARAÍSO

MANIFIESTOS



Conocida como «la mujer biblioteca» o «la mujer del canasto», Geneviève Patte, militante y misionera de los libros y los encuentros, fundó, en 1965, la revolucionaria «Pequeña Biblioteca Redonda» en el barrio de Clamart, Francia. Los últimos cuarenta años ha recorrido el mundo para compartir su mensaje que privilegia, en la tarea de la mediación de los libros, la sencillez, el valor de la belleza y el encuentro de «tú» a «tú» por sobre las sofisticaciones tecnológicas o la obsesión por las estadísticas. Ha llevado libros de gran calidad literaria a donde más se necesita, a las periferias de París y del mundo. Patte, promotora ferviente de la oralidad, afirma que nada reemplaza el placer de escuchar a quien cuenta las historias que ama. En estos manifiestos, encontraremos las ideas más movilizadoras de Patte en el ámbito de la mediación de la lectura y del rol de la biblioteca y del libro en los tiempos de internet.

